

LA IGLESIA

PERIÓDICO POLÍTICO RELIGIOSO.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN LA PENÍNSULA É ISLAS ADYACENTES. Por un año 40 rs.—Por seis meses, 25.—Por tres meses, 15.—Por un mes, 6.
ULTRAMAR Y EXTRANJERO. Por seis meses, 60 rs.—Por un año 110.

ADMINISTRACION.

CALLE DE SANTA CATALINA, NÚM. 10. BAJO IZQUIERDA.
MADRID.

SUMARIO.

Advertencia.—La libertad de cultos en Roma.—Las dos BB de Europa.—instruccion en Roma.—El protestantismo inglés.—Lecciones sobre el concilio á los niños de los parlamentos y de la diplomacia.—Las conferencias del Padre Félix en Nuestra Señora de Paris.—Resúmen histórico dirigido al partido orleanista español.—Muerte de M. Lamartine.—Crónica parlamentaria.—Noticias.—Folletín.

ADVERTENCIA INTERESANTE.

Suplicamos á los señores corresponsales y suscritores del periódico LA IGLESIA que aún no han pagado el precio de las suscripciones que habian pedido y que se les han servido hasta hoy, que envíen en toda esta semana á la administracion del periódico LA IGLESIA, por medio de libranzas del Giro mútuo ó sellos de franqueo, las cantidades que adeudan, si no quieren sufrir retardo en el recibo del próximo número y sucesivos.

Nuestro trabajo es una obra de religion, sobre todo en momentos en que el dogma, la moral y la disciplina católica se ven atacados por la prensa

revolucionaria, protegida y sostenida por el gobierno y por los amigos del presupuesto que están interesados en ello. No falta ciertamente ni buena voluntad ni valor á los redactores de LA IGLESIA para hacer frente al torrente devastador de la impiedad; pero sin el apoyo material de los suscritores no podrian aquellos soportar los grandes gastos, cuyo pago permite alguna dilacion.

El número de los suscritores, con que al presente contamos, ha sobrepujado nuestras esperanzas; y si llega á nuestro poder el modesto precio de la suscripcion, no sólo marcharemos por el camino del combate, sino que tambien podremos hacer que el periódico aparezca dos veces por semana sin alterar su precio á los suscritores que desde el principio de nuestros trabajos nos han honrado con su adhesion; únicamente los nuevos suscritores tendrian que sufrir el aumento del precio del abono.

Cumpliendo por su parte nuestros suscritores y corresponsales, pueden estar seguros de que nosotros cumpliremos tambien por la nuestra.

FOLLETIN DE LA IGLESIA.

ROMA Y LOS PAPAS.

IV.

Las persecuciones.

(Continuacion.)

A la muerte de Galerio, estalló con fuerza la competencia sobre la primacia entre Licinio y Maximiano, que procuró captarse las simpatías poniéndose á la cabeza del partido pagano en Oriente é inventó un vasto y astuto sistema de calumnias contra los cristianos: hechos falsos que se atribuian á Pilatos, y que tendian á trastornar la historia del Redentor, se propalaban con profusion y se fijaban por las calles de Antioquia, recomendándose á los preceptores que los hiciesen aprender de memoria á los niños; en Damasco, mujeres perdidas declaraban ser verdaderas las obscenidades de que un siglo ántes se habia acusado ciegamente á los fieles. Pero parecia poco deshorrar al Cristianismo sino se conseguia restituir á su honor al paganismo, y para esto formó Maximiano una gerarquía de pontífices para cada provincia y para cada ciudad, directores y presidentes de una especie de cofradías, escogidos entre los más ilustres por su naci-

miento y fortuna, provistos de ámplios poderes, y que llevaban sobre su blanca vestidura las insignias de su cargo. En determinadas circunstancias celebraban solemnes sacrificios, á que debian asistir por turno todos los ciudadanos, so pena de prision y multa. Antioquia fué el centro de esta restauracion del politeísmo; y allí tuvieron á bien atribuir á Júpiter nombres é insignias que sugieran las nuevas ideas que se iban difundiendo, aclamándole y presentándole como númen soberano de la benevolencia y del amor. Nicomedia y Tiro demostraron envidiar la primacia religiosa de Antioquia, y Maximino les concedió como una gracia, que erigiesen un templo á aquel Júpiter de nuevo cuño.

A estas artes que hemos recordado, porque fueron los principios de las que despues empleó Juliano contra el Cristianismo, no tardaron en acompañar los tormentos y los suplicios: la peste y el hambre llenaron la medida de las calamidades del Oriente; pero por entonces venció Constantino á Majencio, y el neo-paganismo, que habia puesto en auge Maximino, sucumbió con él en la guerra que le hizo Licinio.

V.

Constantino.

Mucho se ha disputado sobre si Constantino se resolvió á abrazar el Cristianismo por conviccion ó por política; nosotros

LA LIBERTAD DE CULTOS EN ROMA.

Sin libertad de cultos no puede vivir la España. Esta es la única bendición que falta á nuestra regenerada patria. Y para que el Gobierno se decidiese á dar la gran ley, universal panacea de todos nuestros males, se ha escrito, se ha publicado y repetido hasta la saciedad, que en Roma existe la libertad de cultos. Los que no han estado en Roma, ó de los que habiendo estado puede decirse *animalia ibant et animalia revertabantur*, todos han creído ciegamente esta gratuita invención y han repetido sin cesar que el Gobierno español es ménos liberal que el del Papa. Pero al fin los periódicos revolucionarios habrán escrito de buena fe. A nosotros, que somos romanos, toca demostrar que en Roma no hay libertad de cultos.

El Pontífice de Roma es el padre de toda la familia católica que ocupa el universo, y ama á sus hijos que componen la sociedad de la Iglesia; pero como representante del divino Pastor, que á veces dejaba su rebaño para ir en busca de la oveja descarriada, el Papa ama también á todos aquellos que desgraciadamente viven fuera del redil; y así, ya sean hebreos, protestantes, calvinistas, cuakeros ó cismáticos, el Papa no los odia, sino que los ama como el padre ama al hijo que no quiere vivir en la casa paterna y sí lejos de su familia. Prueba de ello tenemos en la conducta del Pontífice en la apertura del próximo Concilio del Vaticano. Antes de reunir á la augusta asamblea llamada á decidir las grandes cuestiones de la disciplina y de la moral católicas, ha invitado á los Obispos no católicos y ha llegado hasta dirigirse á las comunidades judaicas para que asistan á la gran reunión católica á exponer sus dudas y sus razones. La Iglesia no es como la revolución que dice: «Adórame ó mueres,» sino que segura de la verdad que sostiene, ilumina y convence.

Se puede ser revolucionario por temor ó por alcanzar un empleo; pero para ser católico se necesita únicamente la persuasión y la convicción, y hé aquí por qué la Iglesia persuade y convence.

Si esta ha sido siempre la conducta de la Iglesia, no debe sorprender ciertamente el ver en Roma una sinagoga situada en el centro del barrio llamado Ghetto, en que habitan 4.602 judíos.

juzgamos más digna de estudio la transformación que en aquellos tiempos se verificó en el mundo, y que trajo consigo también la del príncipe.

La humanidad, considerándola representada por la sociedad romana, agonizaba, falta ya de principios, de súbditos, de religión y de leyes; afortunadamente mientras la sociedad pagana iba desapareciendo, se iba formando otra en su seno, semilla que al cabo de tres siglos había ya extendido por todas partes sus raíces y que estaba pronta á manifestarse al descubierto. No se trataba de una de esas tentativas de regeneración promovidas por los teóricos, emanadas de las clases elevadas, y que se disuelven como el humo antes de que el pueblo pueda aperebirse de ellas; sino que éste había iniciado un movimiento que nadie podía contrarestar, porque no se detiene la vida del mundo. Los suplicios con que Maximino, Decio y Galerio castigaron á los cristianos, no prueban que el pueblo estuviese á su devoción; en las plazas de Nicomedia y en los anfiteatros de Roma, los Césares no podían contar con otros súbditos que con los verdugos; ni las víctimas ni los espectadores los reconocían como á sus señores; aquellos preferían morir á obedecerlos, y á estos les gustaba á par de los espectáculos, ver á los cristianos desgarrados por los leones, sin cuidarse lo más mínimo de si reinaba Neron ó Vespasiano, Galieno ó Aureliano. Emperadores,

Y el que sobre el Capitolio exista una capilla evangélica de la legación de Prusia; el que en el templo presbiteriano de la puerta Flaminia, el reverendo Mac-Cloud, capellán de la residencia real de Balmoral en Escocia, predique todos los domingos su sermón excitando la rivalidad de los pastores de los otros dos templos colocados en frente del suyo, ¿prueba acaso que en la ciudad eterna exista la libertad de cultos? Seguramente que no. La existencia de estos templos no católicos en Roma, con 488 *fieles* extranjeros, no prueba más que la tolerancia de los Papas; porque donde está vigente la libertad de cultos, el ciudadano de cualquier religión que sea, goza de todos los derechos civiles, y todos son iguales ante la ley; que tales son los efectos ó las consecuencias legales de la libertad de cultos. En efecto, en Francia, por ejemplo, vemos á los hebreos, protestantes, católicos y otros que profesan distintas religiones, ocupar los cargos del Estado y los empleos gubernativos, ejercitar profesiones liberales y gozar de todos los derechos civiles, sin diferencia de culto.

En Roma, por el contrario, donde no hay esta libertad, no se ha visto ningún hebreo ni protestante subir al poder, ejercer un empleo administrativo, ocupar un puesto en los tribunales, ni últimamente, gozar de una representación cualquiera á que pueden ser llamados los ciudadanos de Roma y de los Estados Pontificios. Hemos visto á dos hebreos asistir á la Universidad y tomar la borla de doctor, pero ¿se creará acaso que el médico judío puede ejercitar su profesión en Roma? No; sólo le es permitido ejercerla en el barrio y en las familias de sus correligionarios. Es evidente, por tanto, que la decantada libertad de cultos no existe en Roma, en donde todo respira catolicismo, y en donde cada partícula de tierra es una reliquia de santos.

De dos maneras se procura combatir al Papa; ó representándole como muy intolerante ó como excesivamente condescendiente y pasando los límites de sus doctrinas. El hecho es que la Iglesia no ha admitido nunca ni podrá admitir como verdadero y perfecto tipo de la sociedad humana aquel en que el gobierno profesa, con la libertad de cultos, la indiferencia de todo culto.

No por esto, sin embargo, deja Él de tolerar algún mal que otro. La Iglesia, decía Santo Tomás, que enseña á

generales, senadores y jurisconsultos, espantados de su creciente aislamiento, se irritaban cada vez más contra la multitud que se apartaba de ellos, puesto que los palacios de los reyes, los templos de los dioses y los santuarios de la justicia, son bastante capaces para contener otras personas que no fuesen cortesanos, histriones, ramera y espadachines: la autoridad suprema no podía permanecer en poder de *brutos* ó de *monstruos*; sino que debía por fin venir á parar á manos de un *hombre*, y todo hombre al llegar á ser *emperador*, tenía que declararse *cristiano*.

La multitud iniciada en la moral del Evangelio, debía reírse al ver á las Vestales ocupadas desde la mañana á la noche en no dejar apagar el fuego sagrado, y á los Augures investigando las entrañas de la cabra y del buey; y cuando en la ceremonia del triunfo, los cónsules, el senado, el pueblo y los soldados marchaban en pos de los Sálíos que bailaban, y del rey sacrificador envuelto en sus bandas gritando *evohe, triumphe!* el desprecio de las mujeres cristianas debía herir al triunfador más que la voz que le gritaba — ¡*Acuérdate que eres hombre!*— El buen sentido del pueblo, ya cristiano, cubría de ridículo á Júpiter Capitolino, á la Madre de los Dioses, á la Buena Diosa y á las otras cuarenta y dos mil deidades que cita Varrón: unas gentes que cantaban *Gloria in excelsis Deo*, y se dirigían el Señor llamán-

los fieles toda justicia, tolera, no obstante, muchos pecados; y mientras condena la herejía, permite que los herejes se reúnan en Roma. No considera estas reuniones como fruto de la libertad, sino como un mal inevitable en las actuales circunstancias, y así lo sufre. Lo sufre, no lo aprueba, no lo anima y no lo promueve. Lo tolera, como la Providencia de Dios tolera tantas ofensas como se hacen á su nombre, y deja hacer, sin que esto sea la libertad de cultos, como pretenden algunos periódicos de Madrid, sino una sabia imitacion de la Divina sabiduría.

LAS DOS BB DE EUROPA.

Suelen decir los franceses de un hombre avieso y mal intencionado *qu'il est marqué au B*, porque á los tuertos (*borgnes*), cojos (*boiteux*), ó jorobados (*bossus*) se les atribuye generalmente malignidad ó perversidad. Y hoy vemos en Europa á dos hombres *marqués au B*, que son *Bismark* en Prusia, y *Bonaparte* en Francia; dos eminentes políticos que andan á pegársela el uno al otro. Bonaparte ha sido el maestro y Bismark el discípulo, que no ha tardado en sobrepasar á aquel dejándole muy atrás.

«¿No se encontrará entre nosotros un Bismark?» Preguntaba acongojado Emilio Girardin en *La Liberté*, é increpaba al *Siècle* que injuriaba al ministro prusiano, diciendo: «*La Liberté* no le injuria, sino que le envidia;» le envidia «sintiendo que Bismark en vez de haber nacido en la orilla derecha prusiana del Rhin, no haya nacido en la orilla izquierda francesa.»

A estas quejas respondió la *Gazette de France* con esta pregunta: ¿Cree Mr. Girardin que no tiene Francia un Bismark? ¡Oh! seguramente le tenemos. *Nous en avons, c'est certain.* Sin duda la *Gazette de France* ha querido decir: Sí, nosotros tenemos B como la Prusia, y si Bismark no ha nacido en Francia, en cambio Bonaparte manda en París.

En efecto, Bonaparte enseñó el arte á Bismark. En 1848 era humildísimo republicano, simple ciudadano, dispuesto á todo por servir á su patria, conocido de pocos y de nadie apreciado. Tomó asiento en la Asamblea nacional como diputado; pasó al gobierno como presidente de

dole *Padre*, y sabían ayunar desde la postura del sol á la siguiente, gentes semejantes, repetimos, no hubieran podido soportar por más tiempo la doble tiranía de los ídolos y de los Césares; y necesariamente debían proscribir aquellas burlescas escenas y á sus miserables actores; lo cual se hizo manifiesto cuando Juliano intentó reanimar el paganismo. El pueblo no vió en sus esfuerzos sino la última escena de un *mimo*, representado por un actor regio, sin que ni sus astrólogos, ni sus sacrificios, ni su manto, ni su barba de filósofo, fueran parte para salvarle de las burlas. Los cristianos no podían creer duradero el reinado de un hombre que investigaba el porvenir en las entrañas de una virgen degollada; y no profetizó mal aquel solitario que preguntado por un cortesano del Apóstata, mofándose de Cristo: — ¿Qué hace el hijo del carpintero? — respondió: — ¡un ataúd!

Tal era el movimiento de transformacion que se obraba en las ideas y en los hombres, cuando Constantino llegó á la edad en que la inteligencia procura darse cuenta de lo que la rodea. Sabido es que pasó sus años juveniles en calidad de rehen en la corte de Diocleciano, primero, y despues en la de Galerio. La intimidad de estos malvados le fué muy útil, porque aprendió á conocer cuánta abominacion encierra la maldad. Sus reflexiones debían tener por principal objeto la moral, la religion y la

la república, y salió al fin á emperador del palacio del Eliseo.

Conquistado felizmente el Imperio. Bonaparte chasquea á lo Bismark á Rusia en Oriente, á Prusia en Neufchatel, al Austria en la Conferencia de Viena; despues en la guerra de Italia al rey de Nápoles en el Congreso de París, al Piamonte en Niza y Saboya, al general Lamoricière en Chambery, al Papa en Castelfidardo, á Italia y al Papa en la convencion de Setiembre, y recientemente al Sr. Olózaga en París. Pero hé aquí que se levanta una B prusiana contra la B francesa. Bismark, casi desconocido en Alemania, aparece en la escena europea; conquistase primero con las artes y astucia parlamentaria la autoridad que necesita para empuñar las riendas del gobierno de Prusia y dirigirla segun sus intentos. Una vez apoderado del reino prusiano, se vuelve al extranjero, va á Vichy como el conde de Cavour á Plombiers, con la diferencia sin embargo, de que aquí Bonaparte encontraba en Cavour un dócil instrumento, y en Vichy tenía en Bismark un rival temible.

Este habló con Bonaparte y se sintió más B que él; le lisonjeó, le engañó y se burló de él; le hizo ver cuán conveniente seria dar el golpe de gracia al Austria y hacerla en Alemania el mismo servicio que Bonaparte en Italia. La B francesa se sonrió y asintió á lo propuesto, alegrándose quizá de que desapareciese el Imperio apostólico y cediese el puesto á su Imperio cristianísimo. Así como antes Bonaparte empezó la guerra contra el Austria con alabanzas é inciensos al *caballero emperador*, así Bismark la empezó con semejantes elogios y cumplimientos. Conferencias, tratados, alianzas y guerra á la Dinamarca, fueron las primeras operaciones de Bismark, que despues de sus abrazos al imperio austriaco, le hundió en Sudowa un puñal en el corazon.

Apenas tuvo Bonaparte tiempo de alegrarse de ello, cuando ya conoció los peligros que corría él mismo. La fuerza de Prusia formaba su debilidad. Desde aquel momento las dos B de Europa se hicieron enemigas mortales y juraron que una de las dos debía desaparecer de sobre la haz de la tierra. Pero Bismark es más joven, más diestro, más fuerte, y se rie de Bonaparte; le ataca de todas maneras, le vence en todas ocasiones. Supérale en el arte de la policía secreta, y se alaba de conocer me

política; y sabido es lo que eran entónces las dos primeras. En cuanto á los elementos que dan y conservan el poder, reducianse á tres: el pueblo, el senado y el ejército; el primero había perdido todo sentimiento de independencia; con tal que los emperadores no le escaseasen *pan et Circenses*, no tenía inconveniente en reconocerlos siempre por *augustos* y *divinos*: el segundo que había venido á ser una reunion de leguleyos y de retóricos, no daba otras señales de vida que los discursos que se pronunciaban con ocasion de las ceremonias públicas; todo aquel que á favor del ejército ó del pueblo, vestía la púrpura imperial, estaba seguro de encontrar en la curia aclamaciones, juramentos y apoteosis. La única fuerza activa y eficaz que quedaba, se hallaba en el ejército, y cada uno de ellos pretendía tener el derecho de elegir soberano: ningun vínculo religioso ni moral ligaba á los soldados con el elegido, porque aunque todavía tenía algun valor el juramento, el que le prestaba no sabía á qué Dios lo hacia: diariamente se ponía en práctica el principio de que nos es lícito derribar lo que hemos elevado, y destruir la obra de nuestras manos, por todo lo cual, los vínculos de la disciplina estaban casi destruidos y únicamente subsistían algunas escasas tradiciones de valor y de fidelidad que impedían la destruccion de la milicia. Tales eran los actores entre los cuales y con los cuales iba Constantino á entrar en escena.

jor que él el medio de poblar de espías los gobiernos y los gabinetes. Aventájale en el arte del disimulo, y sabe mil veces mejor prorumpir en protestas de paz y amistad, mientras maquina en su corazón proyectos de guerra y propósitos de venganza; excédele en el arte de las conjuraciones, y sabe con mejor tino suscitar embarazos al contrario, hacerle sospechoso y dejarle aislado. Le vence por último, en todo, en las rebeliones, en las negociaciones, en las reticencias, en las ficciones, en los equívocos, y se dispone á vencerle tarde ó temprano en abierta campaña.

Entre tanto, los pueblos europeos gimen en medio de las dos B y están entre el martillo y el yunque; no tienen paz desde 1856; ántes temían las ocultas negociaciones de Bonaparte, y ahora las de Bismark. El primero quería estar en todas partes diciendo: «Allí donde hay una causa justa que defender, allí está Francia;» y el segundo quiere hallarse también en todas partes para saciar su ambición y extender los límites de Alemania.

Bonaparte corrió á Oriente, á Méjico, á Toscana, á Nápoles, á Lombardía; y Bismark corre también á Florencia, á Bélgica, á Rumania, á Grecia y á España. En otro tiempo, se veía en todas partes la mano de Bonaparte como hoy la de Bismark. La primera B merecía esta segunda, y Europa gastada y corrompida ha merecido las dos.

LA INSTRUCCION EN ROMA.

Una de las más necias y pérfidas acusaciones que se lanzan contra la Roma de los Papas, es la de ser enemiga de la instrucción y querer tener al pueblo sumido en la ignorancia, cuando no hay relativamente ciudad alguna en el mundo en que existan tantos institutos científicos, tantas bibliotecas, tantos colegios, ni tantas escuelas como en la ciudad de los Pontífices. Para demostrar esta verdad, presentaremos simplemente las cifras de la última estadística de la instrucción científica y elemental en Roma.

La instrucción científica de los jóvenes, se da en la Universidad romana, que en 1867-68 contaba 1.094 estudiantes; el Liceo del seminario pontificio romano, 703

Y si del fondo de esta disolución general hubiese sido posible hacer nacer otro pueblo, otro ejército que conociesen al Dios á quien juraban, y que por sus creencias y costumbres hubiesen merecido el nombre de virtuosos y piadosos, ¿con qué transportes de esperanza y de alegría se hubiera dirigido á aquel pueblo y á aquel ejército un príncipe previsor y magnánimo!

Y esto es precisamente lo que se ofreció á Constantino; porque sabido es que en sus días no era posible que el que pensase seriamente en reinar, dejase de prestar su atención á los cristianos. Llenaban ya estos los campos, el foro, el palacio; el ejemplo y las palabras santamente atrevidas de la legión que se había dejado exterminar por conservarse fiel á su Dios, constituían una rebelión de nuevo género, propia para despertar la más viva curiosidad: en el palacio y en el ejército de Constantino se contaban numerosos neófitos; extendíanse por todas partes; bastaba levantar un patíbulo en una plaza, para verlos llegar gritando: — ¡Hémos aquí! ¡somos cristianos! — Pudo suceder que movido por el atractivo que tiene toda novedad sobre las almas jóvenes, deseara asistir á aquellas reuniones en las que se decía se celebraban extraños misterios; y que algún cristiano, deseoso de destruir las calumnias que se lanzaban contra su fe y de prepararla un protector, llevase disfrazado al hijo de Constancio á ser testigo de los ritos de la nueva reli-

alumnos; el colegio romano, 1.249; el colegio urbano *De propaganda fide*, 226; el gimnasio romano de filosofía de Santa María de la Paz, 90; el de Santo Tomás, en Santa María, más allá de Minerva, 97, y el Instituto técnico de geodesia é icodometría, 68. Y en todos estos institutos se enseña, se estudia y se aprende con verdad.

La instrucción elemental para los jóvenes, se da en Roma en dos colegios de Escolapios, en dos de padres de la doctrina cristiana, en seis dirigidos por hermanos de las escuelas cristianas; en la de los hermanos de la Misericordia; en la de los hermanos de la Concepción; en otra del Seminario del Vaticano; en siete escuelas parroquiales; en dos pontificias; en otras dos de la Comisión de subsidios; en la de San Vicente de Paul; en la de los clérigos de la basílica del Vaticano; en otra del príncipe Maximi; en las escuelas nocturnas establecidas en varias parroquias y frecuentadas por 2.000 jóvenes; en cuatro asilos de niños; en otros colegios seculares, academias é institutos de caridad, que cuentan 691 alumnos, y por último, en las escuelas regionales, que cuentan 3.806 jóvenes.

No son ménos en Roma los establecimientos para la instrucción elemental de las jóvenes. Hay en primer lugar las diez escuelas de las piadosas maestras obreras; dos de las piadosas maestras de Venerini; cuatro de las hermanas de la Providencia, y cinco de hijas de la caridad. Siguen después las escuelas de las briñolinas, la de las hermanas de San José de la Aparición, y las dos de las hermanas de San José; las cinco de las hermanas de la Preciosísima Sangre, las dos de las hijas del Sagrado Corazón; otras tantas de las hijas de la Providencia, de las hermanas de Santa Dorotea, de las religiosas del Sagrado Corazón; la escuela de las hermanas de la caridad, la de las Ursulinas, de las Filipenses, de las hermanas de San José de Cluny, de las hijas de María en el huerto, de las hijas de la cruz de San Andrés, de las agustinas, de las hermanas Marianas. Siguen además las tres escuelas pontificias las dos de la comisión de subsidios, la escuela parroquial, las regionales de todas las parroquias, frecuentadas por 2.282 niñas, sin hablar de las que reciben su educación en los respectivos conservatorios, casas de educandas, hospicios é institutos de caridad, cuyas alumnas ascienden á 2.494.

Júzguese el asombro que debió experimentar al ver á aquella reunión compuesta de venerables sacerdotes, cuyas manos no se alzaban sino para rogar á Dios y bendecir; de jóvenes y ancianos que acudían allí á afirmarse en el ejercicio de la obediencia y de la castidad; de piadosas matronas y de modestas doncellas; de un pueblo sublime que se obligaba con juramento á perdonar las injurias, y cuyas voces unidas rogaban al Eterno por los desgraciados; turbas admirables, que no buscaban honores, empleos, oro ni espectáculos, sino sus derechos de hombres, sus franquicias de hijos de Dios, y la facultad de reunirse para orar, de socorrerse y de amarse... ¡Ah! si el joven Constantino asistió á estas reuniones (y es difícil suponer que no asistiese) debió seguramente salir de ellas, si no cristiano, al ménos dominado por uno de esos grandes pensamientos, que más poderosos que los ejércitos, transforman el mundo, y que al volver á entrar en el palacio de Galerio, le haría exclamar: — ¡viles é ineptos gobernantes, vuestra dominación ha concluido; he encontrado un pueblo que será para mí la base de un imperio duradero, fuerte y glorioso!

El soberano que se decide á cambiar de religión, puede fácilmente encontrarse en una situación peligrosa, porque si las opiniones de la mayoría de sus vasallos no han sufrido las modificaciones que en sí ha experimentado, se ve obligado á apo-

En Roma no se confía la difícil y trabajosa misión de la enseñanza de las niñas, sino á las religiosas, que no por el ansia del lucro, sino por su santa vocación, ejercen el sublime apostolado de la educación é instrucción. Roma, que conoce bien las miserias humanas, sabe perfectamente en qué situación tan difícil se encuentran las maestras seglares, que si son casadas, tienen que atender al cuidado de su marido y de sus hijos, y si solteras, tienen absorto su pensamiento en el objeto de sus amores, unas y otras atentas siempre á pagar el alquiler, en tanto que las niñas son las sacrificadas.

Tenemos, pues, en la gran ciudad de Roma las siguientes cifras totales en la enseñanza. La instrucción científica se da *gratuitamente* á 3.527 jóvenes; y la elemental á 6.105 *gratuitamente* también, y á 3.806 que pagan: total 9.911 alumnos. El total general de la enseñanza de los jóvenes es de 13.438. La instrucción del otro sexo, se da en Roma *gratuitamente* á 8.188 jóvenes, y á 2.765 que pagan: total 10.953 alumnas. De manera, que la población de las escuelas en Roma en 1867-1868, ascendía á 24.391 individuos, de los cuales 17.820 eran instruidos *gratuitamente*, y 6.871 pagaban. Después de esto, bien pueden avergonzarse los calumniadores de Roma pontificia, si conservan algún resto de pudor.

EL PROTESTANTISMO INGLÉS.

Artículo I.

Ahora que tenemos en España la tolerancia de cultos, los protestantes nos apestan con sus biblias y con sus templos. En Madrid, en Sevilla y en otras partes, los ministros protestantes, acompañados de sus mujeres y de una numerosa descendencia de hijos, se han presentado sin pérdida de tiempo á ofrecer una diversion á los católicos españoles, que sólo por curiosidad entran en las salas, que el ministro protestante, con una cátedra y una biblia, ha transformado en templos. En las plazas, á las puertas de los cafés, se venden biblias á cuatro cuartos para iluminar á los pueblos del Mediodía. Gentes del Septentrion, volved á vuestras frias regiones, que los pueblos meri-

yarse en la minoría, y por consiguiente, á obrar con gran circunspección. Así fué que, Constantino, convencido de no poder lograr de un golpe el objeto deseado, creyó preparar su ejecución concediendo completa libertad á todos los cultos, y su reinado fué una continua transacción entre sus creencias y las condiciones que su posición le imponía.

Y en efecto, según la manera de juzgar común á aquellos tiempos, fundada en las costumbres tradicionales de la patria romana, el emperador no podía profesar creencias diferentes de las del gran cuerpo á que presidía y cuya personificación era: al ceñir la diadema pontifical y vestirse la púrpura, asumía la responsabilidad de velar por la inviolabilidad de las instituciones políticas y religiosas del Estado. Ningun ciudadano, ni aun de los mas propensos á desesperar de la salvación de Roma, hubiera podido figurarse que el mismo emperador provocase á pisotear los dogmas de los antiguos Quirites, porque si había de nacer un nuevo culto para dominar los espíritus, parecía lo natural que se difundiese primero entre las clases inferiores, invadiese después la clase media, más tarde las elevadas y que el emperador quedase como último defensor de los ritos patrios: esta era, según la opinión general, la marcha probable de una eventual transformación religiosa, cuando la conversión de Constantino vino á echar por tierra estos cálculos, invirtió

dionales no han recibido de vosotros hasta ahora otra cosa que mercancías y no la luz de la fe ni de la religión. Cuando los apóstoles llegaron á Europa, Italia y España, naciones de raza latina, fueron las dos primeras que acogieron la doctrina apostólica para no separarse de ella jamás. Sí, Italia y España, mal que pese á la libertad de cultos y á la propaganda protestante, serán siempre católicas. La filosofía ó la verdadera razón, dominan siempre las inteligencias de italianos y españoles, que han despreciado y puesto en ridículo á todas las demás religiones no católicas. Podrá el italiano ó el español, arrastrado por las pasiones humanas, alejarse tal vez de la fe de sus padres; pero abrazar otra religión, jamás. Cavour, el hombre que hizo á Italia una y libre, el que despojó al Pontífice de sus Estados, introdujo también la libertad de cultos. Pues bien, este mismo Cavour, antes de morir, llamó á su párroco y quiso recibir los Sacramentos de la Iglesia en que había nacido.

Estamos completamente convencidos de que un italiano y un español podrán ser malos católicos, pero nunca serán protestantes, luteranos, calvinistas, cismáticos, mahometanos ni judíos. Pero para que el pueblo católico de España sepa qué es el protestantismo, nos creemos en el deber de dar noticia de quién es el autor de esta secta, dividida hoy en ochenta y seis comunidades de comerciantes *creyentes*. Hemos vivido en Inglaterra, hemos querido estudiar las religiones del pueblo inglés, y hemos tenido que convencernos de que las diversas comuniones no prueban otra cosa sino la poca fe de los mismos protestantes en el protestantismo, lo cual vienen á probar también las numerosas conversiones al Catolicismo.

Expongamos brevemente la causa del protestantismo inglés y quién fué el primer Pontífice de la Iglesia anglicana y nos convenceremos de que el orgullo, las pasiones y el ansia del oro dieron origen á esta secta, que ahora querría hacer protestantes á los católicos españoles. Abramos la historia.

El 14 de Noviembre de 1501 «una buena española, una santa joven (de las que siempre ha sido tan fecunda la tierra que produjo una Santa Teresa), Catalina, hija de Fernando el Católico, rey de Aragon, se unia en Londres, en la iglesia de San Pablo, con Arturo, primogénito de

el orden presunto de los hechos, é hizo enemigos del Cristianismo, á todos los que no pertenecían á las clases íntimas ni á las altas.

Constantino dió pruebas de gran prudencia templando el rigor de sus leyes reformatoras, que desde el principio tendían á un cambio repentino. Escribiendo á Arrio decía:—Si llegase á conseguir que todos los hombres adorasen al verdadero Dios, ¿qué novedad tan fundamental introduciría este gran progreso religioso hasta en las leyes civiles!—Tal es en efecto el Cristianismo: no puede penetrar un alma, iluminándola, sin despertar en ella con la conciencia de la belleza moral, la necesidad de hacer de él la más amplia aplicación posible, tanto en el orden religioso como en el político. Y añadía Constantino en su carta á Arrio.—«Estoy estudiando el modo de ejecutar estas divisiones, sin hacer mucho ruido.»—Dar al mundo religión y leyes nuevas sin hacer mucho ruido, era seguramente empresa asaz dificultosa; y el que expresaba aquel deseo, daba pruebas de conocer los riesgos de ella, y que su disposición á innovar, se veía contrariada por el temor de dar una sacudida demasiado poderosa á la ya desunida masa del imperio. Así pues, Constantino no declaró guerra abierta al culto nacional, y respetó los privilegios del culto de Quirino; disminuyendo de esta suerte el peligro de su empresa, y manteniendo vivas en los paganos ilu-

Enrique VII de Inglaterra. El joven tenía 15 años, era piadoso, dado al estudio, y enfermizo. La joven contaba 17 años y era hermosa y modesta, como la mayoría de las jóvenes españolas. Cuatro meses después murió Arturo de consunción, dejando viuda a Catalina, la cual no tuvo más que el nombre de casada.

Muy sensible era á la avaricia del rey, que era también la enfermedad nacional, tener que enviar á España con la nuera doscientas mil coronas de su dote; por lo cual la propuso por segundo marido á Enrique, otro hijo suyo. Estos esponsales, después de largas negociaciones y de conseguida dispensa del Papa Julio II, se concertaron poco antes de la muerte de Enrique VII, al que sucedió su hijo á los 18 años de edad, de un carácter reservado y al mismo tiempo impetuoso, y que llevaba pintada en el color de sus mejillas y en la robustez de sus miembros la señal de una exuberante salud. No tardó el nuevo rey en celebrar su matrimonio con Catalina, que se dirigió á la sagrada ceremonia con el cabello suelto y vestida de blanco, señales acostumbradas de la virginidad en los desposados. Pocos días después tuvo lugar la coronación por medio de la fórmula: «¿Jurais defender los privilegios é inmunidades que Eduardo el confesor y los reyes, sus sucesores, concedieron á la Iglesia y al clero de Inglaterra?» A lo que contestó Enrique: «Sí, juro.»

Cuatro años vivió Catalina en medio de la mayor tranquilidad, y otros trece, menos felices, en los que pudo conocer que había perdido el amor de su marido, sin sufrir, sin embargo, malos tratamientos, y viviendo resignada con su confianza en Dios y en la ternura de su hija María. Al ver á Ana Bolena, Enrique empezó á experimentar escrúpulos sobre el matrimonio con su cuñada. Leyó en el capítulo xviii del Levítico: «No descubrirás lo que debe permanecer oculto en la mujer de tu hermano, porque es carne de tu hermano.» La pasión por Ana Bolena le convenció de que su unión estaba condenada por Dios. Cerró la Biblia y no quiso seguir leyendo, porque pocas páginas más adelante habría leído en el Deuteronomio, xxv, 5: «Cuando dos hermanos viven juntos y uno de ellos muere sin dejar hijos, la viuda del difunto no debe casarse con otro sino con su cuñado, el cual la tendrá como mujer y dará hijos á su hermano.»

Este era precisamente el caso en que se encontraba En-

siones que redundaban en beneficio de la paz general, y que podían disipar sus sucesores sin trabajo y sin riesgo.

Roma era la cuna y el asiento de la religión antigua: el patriado, revestido de sus numerosos cargos sacerdotales, excitaba el odio popular contra el Cristianismo, arrastrando tras sí á un número inmenso de clientes á los que hacía participar de sus propias supersticiones; el ánsia del lucro, el atractivo de los placeres y la ambición, atraían á la ciudad de Rómulo una multitud de extranjeros, hez de las provincias: los sacrificios, los juegos, las consultas de los augures, eran prácticas comunes á las que acompañaban naturalmente maldiciones contra los cristianos, sobre cuyas cabezas se invocaba cayese el exterminio: así que estos no se atrevían á edificar iglesias, á abrir escuelas, ni á responder á las invectivas que les lanzaban en el teatro, en el foro y en las termas. Constantino juzgó intolerable este estado de cosas, y tampoco esta vez pecó de imprudente al manifestar su modo de pensar: Roma estaba ya predestinada á ser el foco de la oposición pagana.

Al punto que Constantino se vió libre de sus colegas y competidores, emprendió la traslación á Oriente de la silla del imperio. Ya antes había pensado Diocleciano en esto, para tener á raya los progresos del poderío persa: motivos más graves impulsaban ahora á su sucesor á despojar á Roma de sus preroga-

rique, pero empezaba ya á ser protestante sin apercibirse de ello, porque la Biblia protestante se lee é interpreta por el lector, según sus pasiones ó intereses, y es muy antiguo el dicho de que *quod cupimus, facile credimus*.

Mientras los Obispos, los embajadores y los teólogos se conjuraban, se agitaban y esforzaban por orden del rey para despojar á la buena aragonesa de su calidad de mujer, de madre y de reina, ella, ignorante de todo, rogaba y era modelo de este triple carácter. Acometiola una enfermedad y desapareció su belleza; perdió á sus hijos excepto á María; supo que su esposo le era infiel, y se contentó con sufrir y callar. Nadie podía pensar que Londres era la residencia de la reina; tan sólo los pobres la conocían. El amor de madre, la dignidad de mujer y de reina, la armaron de extraordinaria fortaleza, y juró al pié del Crucifijo que defendería hasta morir los derechos de su hija María, á quien Enrique quería rechazar como nacida de un incesto. Enrique hizo beber á su infeliz consorte hasta la última gota la amarga copa del desprecio, que al fin la hizo morir.

El que desee conocer aquel nefando procedimiento que comenzó con sutilezas, continuó entre liviandades y acabó con los suspiros de una inocente, que murió acompañada de la destrucción del Catolicismo en la isla de los Santos y de sesenta mil cabezas de mártires separadas de su tronco, puede consultar á Audin, último biógrafo del Ne-ron británico.

Catalina había rehusado con enérgica firmeza prestar su consentimiento al divorcio y reconocer al rey por jefe del anglicanismo, por lo cual fué llevada en calidad de prisionera á Budgen, donde supo el matrimonio celebrado con Ana Bolena. Allí tuvo noticias de haber sido ahorcados los priores del Cister en Tiburn, por haber pedido por ella; de haber sido degollado Fisher, obispo de Rochester por haberla defendido, y de haber sido decapitado en Towerhil, Tomás Moro.

Con objeto de deshacerse antes de Catalina, Enrique la envió á Kimbolton, el lugar más insalubre de la isla. Acercábase aquella á su fin: supose la noticia en Londres, y una española noble que había sido dama de la reina y venido con ella de Aragon, montó á caballo al saberlo, y se dirigió sola y en el rigor del invierno á Kimbolton.

Rechazada por el carcelero, presentó órdenes del rey,

tivas de capital. No podía engañarse sobre las disposiciones de los pueblos de Occidente: cansado de los estorbos que á cada paso le suscitaba la aristocracia romana, descontento de no ser entendido y menos escuchado por hombres cuya inteligencia se mostraba únicamente accesible al influjo del error, quiso residir en el centro de las provincias orientales, que sabía eran partidarias de las nuevas ideas. Constantinopla, á juicio de su fundador, constituía el partido cristiano, en tanto que Roma quedada siendo el centro del paganismo (y aquí es de admirar cómo gusta la Providencia burlarse de los cálculos humanos más fundados al parecer,) los defensores del culto nacional, viendo alejarse un poder enemigo, aceptaron de buen grado la anunciada división del imperio; y satisfechos con lo que les quedaba, se fortificaron de tal suerte entre las siete colinas, que las hicieron inhabitables para todo emperador cristiano; así que de los sucesores de Constantino en Occidente, cuál vivió en Rávena, cuál en Milan, y ninguno en Roma, que se había constituido en baluarte del politeísmo.

La traslación de la silla del imperio á orillas del Bósforo, señala uno de los períodos de mayor transformación en los fastos de la humanidad. Gran ventaja reportó el Cristianismo de ella, porque así creció la autoridad de sus Pontífices, que quedaron en la antigua metrópoli como únicos representantes y deposita-

con las que consiguió por sorpresa que la dejaran llegar hasta el lecho de su agonizante reina, y logró enjugar su sudor mortal y recoger su último suspiro.

No se detuvo aquí la infamia de Enrique, el padre del protestantismo inglés.

Continuaremos.

LECCIONES SOBRE EL CONCILIO

Á LOS NIÑOS DE LOS PARLAMENTOS Y DE LA DIPLOMACIA.

III.

Continúan los despropósitos de los niños sobre el próximo Concilio ecuménico, por lo cual proseguimos nuestras lecciones; aunque en esta tercera seremos más elementales que en la anterior.

Referida ya la historia del primer Concilio de Jerusalén, expondremos aquí todo lo relativo á la convocación, celebración y confirmación de los Concilios generales, por medio de preguntas y respuestas. El general Serrano preguntará y nosotros responderemos.

SERRANO. ¿Quiénes deben ser llamados á un Concilio ecuménico?

NOSOTROS. Todos los Obispos del orbe católico, incluso los únicamente titulares ó electos y confirmados, aunque todavía no consagrados; exceptuando, sin embargo, los cismáticos y excomulgados nominalmente, porque estos no pueden sentarse como jueces, sino, por el contrario, ser juzgados como reos.

S. Para que el Concilio sea ecuménico, ¿es preciso que todos estos asistan á él?

N. De ninguna manera; porque en este caso no habría habido nunca un Concilio verdaderamente ecuménico, pues en ninguno de los anteriores han intervenido todos los Obispos. Basta que concurran á él algunos de las distintas provincias eclesiásticas, para que por razón de lugares, tiempos y personas, pueda llamarse el Concilio general.

S. ¿A quién toca convocar el Concilio?

N. Al único que puede juzgar definitivamente de su necesidad y mandar á los Obispos que asistan á él, y este es el Papa, cabeza de la Iglesia, por lo cual en el Conci-

lios de un poder, que no por ser pacífico, era por su naturaleza menos absoluto y universal que el que habían ejercido hasta entonces los emperadores; quedó además para siempre roto el vínculo que reunía ántes en el sucesor de Augusto la potestad civil á la sacerdotal; un emperador en Constantinopla, lejos del Capitolio y de sus aras venerandas, no hubiera podido aun queriendo, permanecer por mucho tiempo investido del cargo de Pontífice Sumo.

No creemos ocioso repetir que en Constantino había dos personas, el emperador y el cristiano, y á no estar dotado de una rara sagacidad, se hubiera creado obstáculos insuperables; como cristiano manifestaba su ningún aprecio hacia las supersticiones paganas, conferenciaba con los Obispos, asistía á los Concilios, y disputaba con los heresiarcas con el error de una convicción profunda; como emperador sabía resignarse á las exigencias espinosas y conformarse con ciertos usos, que hubiera sido imprudente contrarestar. Seguro desde que vistió la púrpura de ser el sucesor de los Césares se envolvía, por decirlo así, en las memorias antiguas, siempre que podía hacerlo sin abjurar el Evangelio; así encontramos citados ciertos actos suyos que tienen toda la apariencia de paganos, y de los que no podríamos darnos cuenta, si atendiésemos más al exterior de los hechos mismos, que á su relación en las constituciones romanas. Ha-

lio de Calcedonia, el legado de San León increpaba á Dioscoro, Patriarca de Alejandria. «por haberse atrevido á reunir un Concilio sin autoridad de la Santa Sede, *quod nunquam licuit aut factum est.*»

S. ¿Pero los emperadores, no han convocado alguna vez Concilios?

N. Sí; pero con el permiso ó la inmediata aprobación del Papa, que lo permitía ó aprobaba, porque aquellos emperadores contribuían al Concilio en la parte material, dando á los Obispos las llamadas *epistolæ tractoriæ*, con las que se proveía á su viaje y sustento.

S. ¿De modo que sin el Papa no se podrá nunca convocar un Concilio ecuménico?

N. Un Concilio ecuménico *perfecto*, jamás; podría convocarse uno *imperfecto*, cuando no se supiese donde estaba el Papa y hubiera de proveerse de un jefe á la Iglesia; pero no podría decidir ni hacer todo aquello que puede uno *perfecto*.

S. ¿Quién debe presidir el Concilio ecuménico?

N. El Papa, ó por sí ó por medio de sus legados. Sin él los Obispos representarán á las iglesias particulares, no á la universal. Para reunir en un cuerpo solo á estos representantes, es preciso un centro, un jefe, es decir, el Romano Pontífice.

S. ¿El Papa está sobre ó bajo el Concilio?

N. Necia pregunta, semejante á la del niño que preguntase si el hombre es superior ó inferior al alma. Así como el hombre no puede existir sin alma, así tampoco un Concilio ecuménico sin Papa.

S. ¿A quién corresponde proponer los asuntos que han de tratarse en el Concilio?

N. Al Papa, y á él también proferir el primero la resolución, como sucedió en el Concilio de Jerusalén.

S. ¿Quién tiene el voto definitivo en el Concilio?

N. Los Obispos, por derecho divino, *que han sido puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios*. En los Concilios ecuménicos los Obispos no son simples consejeros y consultores, sino verdaderos jueces, y esto hasta los Obispos titulares sin jurisdicción, con tal que no sean cismáticos ni estén excomulgados.

S. ¿Y los Cardenales no Obispos, los Abades y los Generales de las Ordenes que ejercen una jurisdicción casi episcopal?

llábase, por ejemplo, Constantino investido como sus antecesores del cargo de Sumo Pontífice, y con título de tal le encontramos en los monumentos y medallas; poco después de su elevación al imperio instituyó juegos públicos en memoria de las victorias alcanzadas, siendo de notar que iban acompañados de ceremonias en las que el príncipe revestía el carácter de Gran Sacerdote, sin que renunciase sus funciones por medio de ningún acto público, pero sin que tampoco celebrase más sacrificios, ni leyese en los libros Sibílicos los destinos futuros de la patria. Estas omisiones que pasaron poco menos que desapercibidas, fueron causa de que la multitud no pudiese sospechar que Constantino se hubiese afiliado en el número de los cristianos, y cuando ya este hecho fue notorio é innegable, continuó creyendo que no por eso había dejado de ser el defensor legal de las instituciones patrias. Hasta la época de su conversión, Constantino ejecutó actos que le hacían aparecer como pagano, pero desde aquel tiempo dejó de practicarlos, dejando que se le atribuyesen otros.

Tales eran las franquicias de que continuaban gozando los paganos bajo el imperio de Constantino, que, cuando en tiempos del cisma de Arrio escribía el príncipe al heresiarca:—«...librame de mis inquietudes, vuélveme la alegría de los días, el descanso de las noches, porque sino la tristeza me va consumiendo len-

N. Hasta estos tienen voto definitivo, pero no por derecho divino, sino por concesion y privilegio de la Iglesia, que les concede por razon de su cargo la facultad que no gozan por razon de su carácter.

S. Y los párrocos, ¿pueden tener voto en el Concilio?

N. No señor: no pueden por razon del sacerdocio, porque de otro modo todos los sacerdotes le tendrían también; no pueden tampoco por razon del beneficio parroquial, que les concede tan sólo las facultades necesarias para regir su propia parroquia.

S. ¿Y los príncipes y sus embajadores?

N. Estos pueden asistir al Concilio, si el Papa lo permite, pero no decidir de las cosas de fe, moral ó disciplina: *nefas est*, decia el mismo emperador Teodosio el Joven, en su carta al Concilio de Efeso.

S. ¿Y los procuradores de los Obispos. que no pueden asistir al Concilio?

N. A estos tales concedió el Papa Pio IV simple voto consultivo.

S. ¿Qué condiciones se requieren para que un Concilio esté bien celebrado?

N. Estas tres: Primera, que sus jueces sean libres.—Segunda, que no se haya envuelto á sus jueces con sutilezas.—Tercera, que preceda á la resolucion definitiva un exámen detenido. Dios asiste á su Iglesia, pero no por medio de nuevas revelaciones. Se estudia, se examina, se decide, y esta decision es infalible. El mismo Concilio resuelve el exámen necesario.

S. Una vez celebrado el Concilio, ¿queda todo concluido?

N. No por cierto; el Concilio no tiene fuerza alguna si el Papa no confirma sus decisiones. No se lee en el Evangelio que Jesucristo se dirigiese nunca á los Apóstoles sin Pedro, y sí que algunas veces habló á Pedro sin los Apóstoles; por consiguiente, el Papa puede ser infalible sin el Concilio, pero no el Concilio sin el Papa.

S. ¿De qué manera confirma el Papa el Concilio?

N. Puede decirse que de tres maneras: Primera, cuando el Concilio resuelve lo que anteriormente ha decidido el Papa. Así hicieron el 3.º, 4.º, 6.º, 7.º y 8.º Concilio ecuménico, que repitieron las decisiones de los Papas Celestino I, León el Grande, Agaton, Adriano I y Adriano II.—Segunda, cuando el Papa asiste al Concilio y

tamente,»—los paganos se divertían en convertir en el teatro aquellas solemnnes controversias religiosas en bufonadas aplaudidas, y obligaban á los cristianos á hacer sacrificios y lustraciones, maltratándolos si se resistían; llegando esto hasta el punto de tener que amenazar Constantino, por medio de un solemne decreto, con castigos á los autores de tales violencias; por lo demás empleaba medios que indicaban más bien tolerancia general que especial proteccion.—«Permiso (decía en aquel decreto) que paganos y cristianos disfruten de igual paz.... Nadie sea molestado por opiniones religiosas.... que los más instruidos ayuden si pueden á los ignorantes, sino, déjenles en paz.... Hay gran diferencia entre luchar por conquistar una corona inmortal, y emplear la violencia para obligar á otro á abrazar creencias que rechaza.»

Apenas murió Constantino, cuando el paganismo se dispuso á apoderarse de su memoria, y el Senado le colocó entre los inmortales, y á pesar de haber terminantemente declarado que aborrecía la efusion de sangre de las víctimas y el humo de los incienso superstitiosos, derramóse en su honor sangre de víctimas, y se quemó incienso en altares consagrados á su memoria. Dice Eutropio—que mereció ser colocado entre los Dioses,—juicio inesperado en boca de un pagano; la fórmula *devoto numini majestatique ejus*, se grabó mientras vivió en los monumentos

coincide con el parecer de los Obispos. Así sucedió en nueve Concilios ecuménicos, esto es, en los cuatro primeros de Letran, en los dos de Lyon, en los de Viena y Florencia y en el quinto de Letran.—Tercera, cuando el Papa aprueba los decretos del Concilio.

Recomendamos estas cortas lecciones elementales al estudio de los niños de las córtes, de los Parlamentos y de la diplomacia. Aprendedlas también vos, señor general Serrano, duque y presidente, y hacedlas aprender á vuestros ministros y á vuestros oficiosos periódicos, atentos todos á destruir la obra secular de vuestros antepasados en esta católica nacion, la unidad de la fe católica. El Concilio condenará vuestros errores y vuestros vandálicos actos para con la Iglesia; y el pueblo español, guiado por sesenta Obispos y cien mil sacerdotes, acogerá con reverencia los oráculos de los concilios del Vaticano. La terrible condenacion producirá su efecto, y de nada os servirán vuestras bayonetas, que se harán pedazos ante la fuerza de la fe y del tribunal de la conciencia de diez millones de católicos que cuenta España. Amen.

LAS CONFERENCIAS DEL PADRE FÉLIX

EN NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

TERCERA CONFERENCIA.

El programa del P. Félix está trazado de mano maestra. Despues de haber mostrado la armonía del cuerpo que se llama Iglesia católica y hecho resaltar su utilidad, necesidad y eficacia, el autor, segun tenemos ya dicho, sentó el hecho extraño, único, fenomenal, del odio constante, encarnizado é implacable contra la Iglesia. De tal modo, dijo, que esta institucion, la más santa, la más hermosa que el mundo ha contemplado, la más necesaria á la dicha de la humanidad, es al mismo tiempo la más odiada de ella.

Presentáronse en la mente del orador dos nuevas fases de la Iglesia, en las que deben fijarse los ojos más ciegos. Estos dos hechos son su espontaneidad y su fecundidad.

La espontaneidad es visible en el nacimiento y desarrollo de la Iglesia. Nada hay humano detrás de ella. En

que se le erigian, y despues que murió se le dió el calificativo de *divus*. Examinando esos monumentos, nos confirmamos en la idea de que la mayoría de los paganos no previó ó al ménos no calculó las consecuencias que traería consigo el cambio de religion en el príncipe. Los templos continuaban abiertos, y en ellos se celebraban los ritos como de costumbre; el patriciado ocupaba como siempre las magistraduras curules: si el emperador al envejecer habia dado acceso á nuevas doctrinas, lo acertado era fingir que no se habia notado, que el tiempo se encargaria de sofocar aquellos gérmenes peligrosos, y sus sucesores se avergonzarian de imitarle.... Así racionaban los que tenían fama de previsores, y en este sentido está redactada la inscripcion en que se dan gracias á Constantino en nombre de los españoles por ciertas inmunidades que se les habian concedido, llamándole *fundator religionis et fidei auctor*; elogios que en boca de paganos demuestran ó una adulacion estúpida ó una amarga ironía. No tardó en resplandecer la verdad y en disiparse las ilusiones. Constantino apareció como en realidad era, como fundador, ó mejor dicho, autor de una religion que destruía la antigua, por lo que su sobrino Juliano prorumpió en pleno Senado en las mas acerbas invectivas contra su memoria, declarándole—perturbador sacrilego de las primitivas leyes, y de las más venerandas opiniones que la antigüedad habia legado.

(Se continuará.)

todas las demás instituciones, en todas las religiones nuevas se ve al hombre como iniciador del sistema. Estas religiones, dice el P. Félix, marchan bajo el primer impulso de un pensamiento omnipotente. Muévense siempre por el mismo resorte dirigido por una mano humana; siguen, en una palabra, caminos indicados por un orden soberano; no tienen espontaneidad, no tienen iniciativa, porque no existen por sí mismas.

En nada se parece á estas la religion católica, ni en su principio, ni en su desarrollo, ni en su manera de ser. No hay un hombre detrás de ella; hay sí, la vida divina, el impulso de Dios. Segun la magnífica expresion del P. Félix, *el Cristianismo ha sido la improvisacion de la obra maestra de Dios*. Todo ha sido espontáneo en su aparicion y en su marcha á través de las edades.

Al lado de este gran misterio de un nacimiento espontáneo, hay otro no ménos grande y que cuotidianamente nos asombra, que es el misterio de su inagotable fecundidad.

Hace dos mil años que la Iglesia es fecunda, y otros tantos que es siempre jóven y fuerte. ¿Y qué cosa humana hay que no haya sucumbido por su fecundidad al cabo de cierto tiempo? ¿Por qué se mantiene este misterio siempre nuevo, desafiando las edades, las borrascas, las revoluciones, los cataclismos y las ruinas que el tiempo arroja siempre á su paso? ¿Por qué? Tan sólo por una razon que neutraliza todas las más sutiles razones que se pudieran dar; porque la religion católica es por sí misma la vida, y como tal lleva en sí el movimiento y el desarrollo, á pesar de todos los obstáculos que hubieran debido anonadar mil veces esta institucion, si hubiese sido simplemente humana.

«Conservad, pues, añadió el orador, vosotros, partidarios del libre pensamiento, vuestras filosofías, vuestros sofismas y vuestras nuevas teorías, que no tienen otro apoyo que vuestro razonamiento; conservadlas á través de los terrores, de los cadalsos, de los sables y del ostracismo, que se han levantado y ligado contra la Iglesia católica, y vereis lo que queda de aquella al cabo de algun tiempo.

Bien conocen los que la atacan que esta institucion es eterna é inmortal, como la esencia misma de la vida. ¿A qué ese aparato de fuerzas contra un muerto, si la Iglesia lo está, cuando con vuestros ataques renovados sin cesar, probais que está viva?

No se hace ciertamente tanto ruido alrededor de un cadáver; no se golpea tanto sobre una ruina que puede derrumbar el menor soplo. Esta fecundidad es el más poderoso signo de la vitalidad del Cristianismo y de la Iglesia católica. Semejante á la vida fecundada eternamente por esta ley de Dios «Creced y multiplicaos,» nada tiene que temer la Iglesia y va engrandeciéndose sin cesar.

La Iglesia no quiere, pero tampoco teme, el divorcio entre ella y la sociedad moderna, divorcio, añadió el Padre Félix, que proclama el libre pensador como asegurado, y que debe ser la piedra del sepulcro de la institucion del Cristo. La Iglesia sabe muy bien que es el corazon de la humanidad, para pensar un solo instante que no pueda existir. Si muriese, la humanidad toda sucumbiria entre sus ruinas, porque cesaria de latir su corazon.

El domingo próximo daremos algunos extractos de esta admirable defensa, en la que el P. Félix ha puesto en juego todos los resortes de la elocuencia y de la verdad.

RESÚMEN HISTÓRICO

DIRIGIDO AL PARTIDO ORLEANISTA ESPAÑOL.

Artículo V.

EL REY DE JULIO.

Célebres son las Ordenanzas del 25 de Julio de 1830. La tribuna, las sociedades secretas, la prensa orleanista sobre todo, (porque los Orleans han sabido siempre comprar á los periodistas que no hallan dificultad en alquilar su pluma al primer advenedizo) han agitado los espíritus y sobreescitado las pasiones. Los ministros dirigieron á Carlos X una exposicion contra la prensa, que tenemos á la vista, en la que se muestra hasta la evidencia lo que es la prensa revolucionaria. Pidió el rey una conciliacion al buen sentido público y al interés general para sus Ordenanzas, que ni de cerca ni de léjos alteraban el pacto fundamental. Respondióle el orleanismo con una insurreccion que, elaborada en los conciliábulos liberales, fué deseada, protegida y fomentada por Inglaterra.

Una negociacion llevada á cabo entre las grandes potencias europeas, y hecha sin conocimiento del Gabinete británico, rehizo el mapa del mundo, siendo anulados los tratados de 1815 por los mismos potentados que los impusieron. Creia Inglaterra que sólo un cambio de dinastía podia modificar la situacion: acomodóse con el orleanismo y aun le excitó á llevar las cosas al extremo. Pero el orleanismo tenia que afrontar todavía más de un peligro, y especialmente la lealtad del ejército, á quién era imposible arrastrar al perjurio. El ejército francés no es como el español. Imagináronse los orleanistas diseminarle.

De repente estallaron incendios en muchos puntos del territorio francés, y los periódicos orleanistas no cesaron de atacar al gobierno para que tomase rigurosas medidas. No pudo este obedecer instantáneamente los mandatos de la prensa, que fingiendo una quejumbrosa indignacion atacaba al ministerio. El medio que la prensa orleanista indicaba como mejor era enviar la guardia real en todas direcciones; de esta suerte hallárase París desguarnecido de todos los regimientos cuyo valor temia el orleanismo. La guardia recibió orden de marcha: los incendios disminuyeron poco á poco. Ocupábase el pueblo el 26 de Julio en sus quehaceres, pero la insurreccion estaba preparada muy de antemano. El 27 los sucesos cobraron otro aspecto. Habiendo los industriales, los manufactureros, la alta banca y el comercio al por menor, despedido sus operarios y empleados, no tuvieron estos infelices otro medio de vivir que el de hacerse matar en las barricadas.

Por todas partes se les unian diputados, periodistas y abogados, que se agitaban y peroraban para insurreccionar los arrabales. Estas provocaciones no tuvieron sin embargo resultado.

El gobierno sólo tomó precauciones á medias. El 27 por la noche la insurreccion no se habia manifestado todavía en ningun punto de París, cuando de repente una de estas hordas beodas salió del Palacio Real con una bandera tricolor.

La aparicion de estos malvados fué la señal del motin. Por cuantas calles pasaba la horda, en todas dejaba sediciosos que levantaban barricadas.

Estas ejercen sobre el pueblo de París una influencia magnética. El que no tiene respeto á nada, le tiene sin

embargo hacia esos montones de adoquines y coches de alquiler, con que se forma una muralla y un juego patriótico. Desde el momento en que se levanta la barricada, nunca carece ya de defensores.

No hay porqué entrar en la narración de estas luchas en que los hijos del mismo país se degollaban por una intriga que no conocían. En la jornada de Julio no intervino Luis Felipe más que por sus votos. El Palacio Real y el hôtel Lafitte eran el cuartel general de la insurrección y del orleanismo. Después de varios combates alrededor de las barricadas y de los palacios, el Hôtel de Ville, el Louvre y las Tullerías cayeron en manos de los insurrectos, y el ejército se replegó sobre Saint-Cloud.

Sobre las ruinas de la monarquía elevábase una comisión municipal equivalente á las juntas españolas, que se tomó al acaso, del mismo modo que un coche cualquiera de alquiler encontrado en la plaza pública en el momento de una tempestad. De esta multitud, que clamaba por su bienestar, sólo salían votos disparatados, órdenes imposibles de cumplir y gritos de guerra. Unos proclamaban á Napoleón II, el hijo del hombre, y otros se inclinaban á una república modelo, cuando repentinamente el ruido de una descarga hirió sus oídos.

Anúnciase que la guardia real ha tomado la ofensiva. A este rumor los diputados reunidos en casa de Santiago Lafitte, el célebre banquero del orleanismo, se dispersan y emprenden la fuga. Unos se arrojan por las ventanas del piso bajo y otros se refugian en las cuadras. Este cuartel general de la revolución quedó solitario; mas apercibiéronse los fugitivos de que el 6.º regimiento de línea seguía el ejemplo del 53.º Corrompido por el coronel Heymès, agente del duque de Orleans, desertaba de su bandera, y para manifestar fraternidad había descargado al aire sus fusiles. También venía esta vez la traición del Palacio Real.

Lafayette, que se había ocultado en el momento del peligro, puso en movimiento su guardia nacional. Casimiro Delavigne, el Pindaro del Palacio Real, entonaba en sus estrofas:

Peuple, repose-toi, ta journée est finie.

Y los intrigantes y agitadores del orleanismo cantaban himnos de alabanzas al heroísmo del pueblo, que indiferente ó frívolo permitía que se los dedicasen.

Cárlos X, por complacer á todos, retiró las Ordenanzas de Julio, y nombró un ministerio liberal presidido por el duque de Montemart. Luis Felipe, que en este momento terrible para los Borbones, sus parientes y bienhechores, debiera haberse dejado ver al pie del trono, fué á un sitio inaccesible á sepultar sus terrores y sus esperanzas. Para él, pasar el Rubicon equivalía á ocultarse.

Agazapado en el bosque de Rainces ó en el pabellón de Neuilles, comunicaba órdenes por medio del coronel Heymès, y confiaba á Talleyrand y á Lafitte el cuidado de trabajar por él. Cárlos X podía obligar al duque de Orleans á optar entre su deber y la rebelión; y oficiales menos sensibles que el rey á las afecciones de familia, reclamaban en Saint-Cloud la presencia del duque de Orleans, asegurando que era el medio mejor de neutralizar la insurrección, y que era preciso apoderarse á toda costa de la persona de Luis Felipe y tomar en rehenes á su mujer y á sus hijos. Pero Cárlos X no cedió, y esta condescendencia fué la falta capital de 1830.

Los agentes y emisarios tenían á Luis Felipe al corriente de lo que pasaba. Un movimiento ofensivo del ejército hubiera hecho inclinar la balanza á favor de Cár-

los X. Esta convicción determinó á Luis Felipe á tomar una medida indirecta. El 30 de Julio á las tres y cuarto de la mañana, escribiáse una nota en el castillo de Neuilles, que fué llevada á París para servir de instrucción y de punto de partida. Esta nota estaba concebida en estos términos:

«El duque de Orleans está en Neuilles con toda su familia: cerca de él, en Puteau, están las tropas reales. Bastaría una orden emanada de la corte para arrebatárle de la nación, que puede hallar en él una poderosa prenda de su futura seguridad.» — «Propónese ir á su casa en nombre de las autoridades constituidas, convenientemente acompañadas, y ofrecerle la corona.

»Si opusiese escrúpulos de familia ó de delicadeza, se le dirá que su estancia en París importa á la tranquilidad de la capital y de la Francia, y que hay obligación de ponerle en salvo.

»Puede asegurarse además que el duque de Orleans no tardará en asociarse plenamente á los votos de la nación.»

Nada faltó á este primer acto del drama; ni anticipos insidiosos, ni peligros previstos, ni pregonadas promesas.

El duque de Orleans había engañado á Cárlos X; era necesario embaucar ahora á la revolución. Luis Felipe puso manos á la obra.

Negoció el duque de Montemart con los hombres influyentes de las dos cámaras: todos padecían de ceguera. La razón se inclinaba por Cárlos X; la intriga hizo retrogradar á favor de la usurpación. Aceptóse el plan trazado en Neuilles. El mismo día la reunión de los diputados declaró, siendo redactores Sebastiani y Benjamin Constant, «que era urgente suplicar á S. A. R. el duque de Orleans, que viniese á la capital á ejercer en ella las funciones de lugarteniente general del reino.» Seremos más latos en esta parte del resumen histórico para trazar al partido monárquico-democrático un medio fácil de llamar á Madrid al duque de Montpensier, que aguarda en Lisboa, como su padre aguardaba en Neuilles para reemplazar á Cárlos X.

Recibió Luis Felipe esta investidura. Rodeando, á pié y disfrazado y á las once de la noche, entró en la capital. Atravesó las barricadas y los puestos de guardia nacional, acompañado del célebre coronel Heymès, Bertois y de su secretario Oudart. Franqueólas bajo un nombre supuesto. Pueden aplicársele estas palabras de Tertuliano: «Los malos gustan de las tinieblas: si se les sorprende, tiemblan; si se les acusa, niegan.» Luis Felipe llenaba las tres condiciones del apologista cristiano. Ocultábase, temblaba y estaba dispuesto á negar. Ha querido ser rey, será rey: su reinado comienza por subterfugios.

Entró en el Palacio Real: Lafayette y Lafitte estaban prevenidos; Talleyrand estaba dispuesto á todo. Investido de plenos poderes de Cárlos X, el duque de Montemart fué introducido en la morada de Luis Felipe. Este apenas dejó al ministro tiempo para explicarse, cuando con voz febril, señal de la lucha que desgarraba su alma, rompió en protestas de abnegación por la familia real. Tomó por testigos á Dios y á los ángeles de que no estaba en París sino con la intención de dominar la anarquía.

Durante esta entrevista, los partidarios de Luis Felipe, habiendo sabido su entrada en el Palacio Real, le saludaban alrededor del palacio gritando: ¡viva el duque de Orleans! ¡Viva el lugarteniente general del reino! «Ya lo oís, señor, dijo el duque de Montemart, á vos se dirigen esos gritos.» — «¡No, no! respondió Luis Felipe, antes me haré matar que aceptar la corona.» Y en el

mismo sentido escribió una carta al rey, con fecha 31 de Julio de 1830, que ha reproducido M. de Valmy en su obra titulada: *De la fuerza del derecho y del derecho de la fuerza*. En un minuto de intervalo, Berard, uno de los propagandistas del orleanismo, llegó al palacio real. Luis Felipe trocó su papel y olvidó sus juramentos para precipitar la catástrofe. Se vistió y se dirigió al Hôtel de Ville, con el fin de ofrecer á Lafayette el tributo de su reconocimiento. El príncipe, según se expresa Berard en sus *Recuerdos históricos sobre la revolución del 1830*, pág. 145, comparaba al rey Carlos X con el desgraciado Estuardo, y añadía que él mismo temía asemejarse bien pronto á Guillermo.—«Teneis sobre él una gran ventaja, interrumpió Berard, la de no venir acompañado de extranjeros.»

Empezóse entonces á hablar detallando inmensas garantías de libertades. Luis Felipe se apresuró á replicar: «Jamás me pedireis tantas como yo estoy dispuesto á concederos y aun á ofrecerlos.»

En esta jornada del 31 de Julio, que debe la familia de Orleans colocar en sus anales entre los más aciagos, próxima á la del 21 de Enero, en que fué la muerte de Luis XVI, Luis Felipe, rodeado de sus amigos, pronunció esta frase:—«Sobre todo, señores, nada de regencia.» Con el propósito de ascender á pares de Francia y á ministros, los antiguos sectarios, obedeciendo el mandato del duque de Orleans, hacían circular por los grupos esta desleal consigna. Luis Felipe marchó á su objeto sin tergiversación y sin remordimientos. Hé aquí sus primeras palabras en *El Monitor*, que publicamos por extenso como modelo que podrá servir el Duque de Montpensier cuando venga á ocupar el trono de su cuñada.

«Los diputados de Francia reunidos en este momento en París, han expresado el deseo de que vuelva á esta capital á ejercer en ella las funciones de lugarteniente general del reino.

«Ni un momento he dudado en venir á compartir vuestros peligros, colocarme en medio de este heroico pueblo y hacer todos mis esfuerzos por libraros de la guerra civil y de la anarquía. Al entrar en la ciudad de París, llevaba con orgullo estos gloriosos colores que habeis vuelto á tomar, y que por tanto tiempo he llevado yo mismo.

«Van á reunirse las Cámaras, y ellas sugerirán el medio de asegurar el reinado de las leyes y el sostenimiento de los derechos de la nación.

«De hoy más, una Carta será una verdad.»

A esta proclama, en la que cada frase es un engaño y un insulto á los Borbones, respondió la Cámara de los Diputados con un manifiesto en perpétuo desacuerdo con la historia. Desarrollóse la impostura bajo el techo del Parlamento. Benjamin Constant, Guizot, Villemain y Berard, fueron los que redactaron la siguiente acta que podrá servir de guía á otras Cámaras que se hallaren en el caso de llamar á un rey francés para otra nación.

«Franceses, la Francia es libre. El poder absoluto levantaba su bandera, y el heroico pueblo de París la ha abatido. París atacado, ha hecho triunfar por medio de las armas la sagrada causa que en vano acababa de triunfar en las elecciones. Un poder usurpador de nuestros derechos y perturbador de nuestro reposo, amenazaba á la vez la libertad y el orden. Hemos vuelto á entrar en posesión del orden y de la libertad. No hay temor ya por los derechos adquiridos; no hay ya barrera entre nos-

otros y los derechos que todavía nos faltan. La primera necesidad de la patria hoy, es un gobierno que sin dilación nos garantice estos bienes. Franceses, los diputados que se hallan ya en París se han reunido, y esperando la intervención regular de las Cámaras, han invitado á un francés que jamás ha combatido sino por la Francia, al señor duque de Orleans, á ejercer las funciones de lugarteniente general del reino. Este es á su modo de ver el medio de llevar á cabo prontamente en favor de la paz el buen éxito de la más legítima defensa.

«El duque de Orleans está consagrado á la causa nacional y á la Constitución. Ha defendido siempre sus intereses y profesado sus principios. Respetará nuestros derechos, porque recibirá los suyos de nosotros. Nos aseguraremos con leyes todas las garantías necesarias para hacer la libertad fuerte y duradera.

«El restablecimiento de la guardia nacional con la intervención de sus individuos en la elección de oficiales.

«La intervención de los ciudadanos en la formación de las administraciones municipales y departamentales.

«El jurado para los delitos de la prensa.

«La responsabilidad legalmente organizada de los ministros y de los agentes secundarios de la administración.

«Quedará asegurado legalmente el estado de los militares.

«La reelección de diputados promovidos á empleos públicos.

«Daremos, pues, á nuestras instituciones, de acuerdo con el jefe del Estado, el desarrollo que necesitan.

«¡Franceses! el mismo duque de Orleans ha hablado ya, y su lenguaje es el que conviene á un país libre. Las Cámaras van á reunirse, os ha dicho él, y buscarán el medio de asegurar el reinado de las leyes y el sostenimiento de los derechos de la nación.

«De hoy más, la Carta será una verdad.»

Rodeado Luis Felipe de Lafayette y de todos los diputados de la Cámara, bajó del Palacio Real y se dirigió hacia la plaza de Grève, en donde á caballo y en medio de un oleaje de hombres armados, cuya mirada siniestra y cuya frente amenazadora infundían temor á la multitud de personas honradas, marchó á través de las barricadas y llegó al Hôtel de Ville. Recibido en la Sala del Trono, obstruida de heridos, resguardóse bajo los pliegues de la bandera tricolor, y asomóse al balcón con Lafayette. En presencia entonces de una multitud taciturna y hostil, estrechó éste entre sus brazos al príncipe, á quien llamó la mejor de las repúblicas. Subyugada la multitud por sus emociones olímpicas, por las que siempre los pueblos se dejan cautivar, aplaudió por fin dando un grito de ¡Viva el duque de Orleans!

Gracias al antiguo republicano Lafayette por el sacrificio que acababa de consumir, había vencido el orleanismo. Luis Felipe concedió al gobierno de l' Hôtel de Ville el derecho de presentarle ministros ó comisarios.

Preciso era volver los ojos á Saint Cloud, donde habitaba el rey Carlos X. El orleanismo que sabe servirse de la prensa como de un instrumento, cuyo poder conoce, necesitaba jugar sobre seguro su partida contra la autoridad real. No bastaba haberla hecho traición, abandonado y renegado de ella, necesitaba ruidosas calumnias, engaños, absurdos, crímenes no imaginables. La prensa vino en su ayuda oficiosamente.

Repitióse en todos los diarios que el rey había ordenado á los suizos fusilar tres compañías de la guardia que habían rehusado hacer fuego al pueblo. Detalláronse

las más minuciosas circunstancias de esta matanza, y se afirmó que los cráneos de estas santas víctimas cubrían los árboles de Saint-Cloud. La prensa orleanista era la inventora de este lúgubre relato.

El pillaje de las Tullerías se efectuó en 1830, como se había de verificar en 1848, por aquella pena del Tullion, de la que nadie se salva en el mundo.

Al mismo tiempo que empezaba el saqueo del palacio del Arzobispo de París, tenía lugar el de las Tullerías; el pueblo resolvió hacer volar el palacio arzobispal con barriles de pólvora y rodearle de hombres armados.

Vean nuestros lectores si la revolución no es la misma en todos los pueblos. Nosotros sólo hemos querido espiigar en este campo de maldades; con la misma facilidad podríamos segar; pero lleguemos hasta el fin.

No quería creer Carlos X la ingratitud de Luis Felipe, quien conociendo la inocencia de su alma, traficó con sus virtudes. Para arrebatarse la corona de la cuna de un niño, dióse maña á engañar á un anciano.

Este tomó el camino del destierro. El alto cuerpo de Estado y los generales del ejército suministraron al rey pruebas incontestables de la traición del orleanismo. Carlos X, sin embargo, se obstinaba en su fe en el duque de Orleans, y decía: «He trabajado demasiado en su favor para que me abandone.» Tal confianza era incomprendible. Los ministros desgarraron las órdenes que habían redactado, previendo una iniciativa guerrera, y arrojaron los pedazos en el estanque de Trianon.

Carlos X rogó durante una parte de la noche por la Francia y su familia: el convoy real llegó cerca de la aldea de Peray en Rambouillet.

El lunes 2 de Agosto, Mr. Berthoy, ayudante de campo del duque de Orleans, se presentó al rey con los colores revolucionarios, y le informó de que la antevíspera las Cámaras habían nombrado al duque de Orleans lugarteniente general del reino. Pero su buen primo había escrito al rey una carta que era la censura más elocuente de su conducta, no hablándole sino de su abnegación y desinterés. Con esta hipocresía hizo abdicar á Carlos X en favor del delfín. No había ya más que un niño entre el duque de Orleans y el trono. El rey de derecho era Enrique V, menor de edad.

Encargó el rey al general Latour Toissac entenderse con Luis Felipe, que rehusó recibirle y tratar con él. Retiróse el realista con el alma llena de confusión y de vergüenza. Después de esta visita de Latour Toissac, respondió Luis Felipe á los que le suplicaban que no cambiase el orden de sucesión en interés de la Francia: «No tendrá Enrique V que sentir desgarradas sus entrañas; yo pasaré por todo, hasta por un envenenador.»

La realidad de la usurpación le asustaba mucho menos que una hipotética sospecha de preventivo envenenamiento.

SS. MM. voluntariamente destronadas, hallábanse en Rambouillet al frente de soldados que ardían en deseos de tomar la revancha. El mismo entusiasmo por sostener á Enrique V animaba á los regimientos aglomerados en los campos de Luneville y de Saint Omer; y las guarniciones de las plazas fuertes y el ejército de Argelia, no estaban vencidos.

Súpose que la duquesa de Berry había formado el proyecto de venir como madre y regente á confiar su hijo al pueblo. Sabía el duque de Orleans que la cabeza y el corazón de esta princesa no la abandonarían en su intento, y se resolvió á suscitarla obstáculos. Dióse orden de ex-

pulsar del territorio francés á los individuos de la casa de Borbon, que fué firmada por el hijo del asesino de Luis XVI. Héla aquí:

«Lugartenencia general del reino.»

París 3 de Agosto de 1830.

Habiendo abdicado S. M. Carlos X su corona, y S. A. R. el Sr. Delfín renunciado igualmente á sus derechos, se ha hecho indispensable que se alejen inmediatamente del territorio francés; en su consecuencia, el lugarteniente general conde de Pujol, ha sido encargado de adoptar todas las medidas conducentes á determinarles á ello, y de velar por la seguridad de sus personas. Se pondrán á su disposición todas las fuerzas que necesite.—Luis Felipe de Orleans.»

En este decreto escrito de puño y letra de Luis Felipe, y contrafirmado por el general Gerard, nieto de madama de Genlis, no se pronunció el nombre de Enrique V. ¡Tan encarnizado fué el odio con que el duque de Orleans persiguió á sus víctimas! Sus agentes le refirieron que Carlos X exigía que su nieto fuese reconocido rey. Luis Felipe exclamó: «¡Que se retire! es absolutamente necesario; es preciso asustarle.» Háblele su padre legado la tradición y el ejemplo, y él los siguió con obediente gratitud.

Urgía el tiempo. Luis Felipe hizo sus últimos esfuerzos; ahogó las discusiones y precipitó las cosas. Por todas partes había peligro; para evitarle era necesario romper con el pasado. Tan convencidos estaban los diputados de la inminencia del peligro, que el 7 de Agosto, los 221 votaron en el escrutinio un decreto concediendo á Luis Felipe el título de rey de los franceses.

El 9 de Agosto, entre el canto de la *Marseillesa* y la más extraordinaria alegría de Inglaterra, Luis Felipe I fué aclamado y saludado por las dos Cámaras reunidas. ¡Al fin era rey! Y en su sepulcro, que sus mismos hijos habían cubierto de aislamiento, debió el ciudadano Igualdad estremecerse [de dicha aquel día. El hijo había aventajado al padre. Véase, pues, como los Orleans han codiciado de padres á hijos el poder real. La casa de Borbon representada por tres príncipes, estaba todavía en el territorio francés. El hijo del regicida les arrancó la corona.

(Se continuará sin interrupción.)

MUERTE DE M. DE LAMARTINE.

M. de Lamartine ha muerto. La religión le ha asistido en el supremo tránsito y ha endulzado á esta gran inteligencia tan trabajada los sufrimientos del postrer momento.

Lamartine dejará un recuerdo profundo en la historia de Francia: hubiera, sin embargo, podido dejar en ella huellas por siempre gloriosas. Tenemos derecho á hablar de esta manera ante su tumba entreabierta.

Si los principios de fe, de fidelidad y de justicia que inspiraron su juventud, y á los que debió tan precoz y tan excelente reputación, hubiesen permanecido siendo la luz de su alma y la antorcha de su vida, Lamartine sería una de las figuras más magníficas de nuestro tiempo; hubiera honrado á nuestro siglo y á Francia.

Por desgracia, no ha sabido Lamartine sustraerse á las falaces ilusiones de la popularidad y á los funestos consejos del orgullo. No ha sabido ser fiel al noble entusiasmo

de sus primeros años, permaneciendo en la defensa de esta fe cristiana que habia iluminado su genio con una claridad tan pura.

El poeta de las *Meditaciones* y de las *Harmonías* no ha preservado su lira de las seducciones de acá abajo: el católico se ha dejado arrastrar á los sueños humanitarios y á las utopías de la revolución. Ha dorado con el reflejo de su imaginación espléndida á los héroes de la Gironda, y no ha economizado las víctimas del Terror.

¡Triste y dolorosa condicion! ¡Castigo demasiado cruel acaso! Lamartine, ídolo por un instante de Francia, ha sobrevivido no sólo á su poder, sino aún á su renombre. Apenas ha podido preservar bajo el peso de la adversidad la dignidad de su carácter.

Y, sin embargo, ¡Dios nos guarde de ser injustos ó ingratos con Lamartine! Dias ha habido en esta existencia extraña y agitada, en que sólo con su elocuencia y su patriotismo ha salvado á París y á Francia de los horrores de la guerra civil y de los furioses de la anarquía.

Cuando en las escaleras del Hôtel de Ville, amenazado por las bayonetas que se cruzaban sobre su pecho, pisoteó la bandera roja; cuando aclamado por todas las gentes honradas fué elevado á la diputación y casi á la dictadura por millares de sufragios, resplandecía Lamartine con esa aureola que ciñe la frente de los grandes ciudadanos, á quienes es dado ostentar el *palladium* del orden y de la sociedad.

Si no se ha mantenido á esta altura, ha prestado servicios dignos de imperecedero reconocimiento.

Lamartine no existe ya. Antes de seguir á este féretro que va á cerrarse sobre una de las más brillantes lumbreras del siglo XIX, sólo queremos acordarnos de la gloria de sus primeras obras y de la de sus dias de lucha.

La Iglesia, indulgente como una madre, ha recibido su último suspiro: ha vuelto á hallarse cristiano en el umbral de la eternidad.

¡Que esta paz proteja su memoria!

CRÓNICA PARLAMENTARIA.

No desagradará quizá á nuestros lectores que les ofrezcamos una revista semanal de las discusiones de las Cortes. Referiremos brevemente los discursos pronunciados por algunos diputados en la sesión del 22 de Febrero, que merecen ser conocidos, para después ir refiriendo las otras discusiones que han tenido lugar en las sesiones siguientes.

El general Prim hizo una gran confesión. *Europa no ha visto hasta hoy en nosotros más que intrépidos demolidores.* El Sr. Ministro de la Guerra ha dicho una gran verdad: desde el pronunciamiento de Cádiz, el Gobierno provisional lo ha demolido todo: nada queda ya en pie; la demolición ha sido general; ruinas no más quedan á la nación. No queremos descender á más detalles: el general Prim lo ha dicho y esto nos basta. Desde la apertura de las Cortes hasta ahora, nada se ha reconstruido; vivimos en un reino derruido, en medio de ruinas. ¡Qué placer! Y los *masones*, ó sean los diputados llamados á reedificarle, no tienen aún ni un proyecto ni una idea á qué atenerse; y en efecto, la confusión reina en la augusta Asamblea, el *nullus ordo* y el *loquuntur variis linguis* en los discursos. Este es el único espectáculo que ofrecen las sesiones parlamentarias.

Hemos descubierto que el general Topete no sabe todavía si obró bien rebelándose contra su reina: el remordimiento le agita, y su conciencia no está tranquila, especialmente cuando se acuerda de que contra el sexo débil peleó y venció. Dos mujeres se presentaron ante el general Topete, la *Patria* y la *Reina*, á las que en otro tiempo habia jurado defender; pero las dos

matronas se habian hecho incompatibles: necesitaba declararse por una ó por otra, y el valiente marino se mostro caballero con la madre patria y no con Isabel. La primera se salvo, la segunda quedó vencida. No hay para que decir que las Cortes elogiaron á nuestro marino declarándole benemérito de la patria.

La moción del diputado Sr. Valera D. Cristobal fue muy desinteresada. Decía á los *Patres conscripti* que no sólo era preciso dar un voto de gracias al Gobierno provisional, sino también un ejemplo de la mayor confianza concediendo al señor duque presidente la facultad de constituir un nuevo ministerio. El señor Valera habra merecido seguramente un ascenso á empleo de más de 60.000 rs. que al presente disfruta, porque con objeto de evitar disidencias entre los aspirantes á carteras, inspiró al Sr. Serrano la idea de la mayor prudencia *nihil innovari*, y el antiguo ministerio formó en cuerpo y alma el nuevo. Fortuna para España, porque unos nuevos ministros habrian podido construir, en tanto que la Asamblea prefiere conservar los demolidores.

Diéronse, pues, las gracias á los señores ministros del Gobierno provisional, que sin pérdida de tiempo pasaron á formar el nuevo ministerio, que creemos no será de mucha duración, como tampoco lo fué el pasado.

Los Sres. Orense y Castelar opusieron su veto, y á fe que con razón: el primero por ser un particular que vive de sus rentas y que por consecuencia es independiente; y el segundo, para llegar con el tiempo á estar en posesión de una cartera, republicana, se entiende, es preciso que haga una oposición templada; y en efecto, el joven tribuno proponia erigir tres estatuas á la trinidad regeneradora y poderosa, porque las tres espadas le abrieron las puertas de España; pero al mismo tiempo pedia que los ministros del Gobierno provisional dejasen los sillones provisionales. Los ministros se hicieron sordos, y con la aprobación de la Cámara, hechura suya, volvieron á meter las carteras, que querian resignar ante las Cortes soberanas, en sus bolsillos, y dijeron como San Pedro: *Bonum est nos hic esse*. Entró en las Cortes un ministerio elegido por la Junta de Madrid y salió un ministerio parlamentario. ¡Verdadera fantasmagoría!

El Sr. Martos habló el lenguaje del reconocimiento. La gratitud ante todo. Dijo que los diputados que han llegado en su mayor parte, del destierro, y que si ejercen la soberanía lo deben al valor de los tres generales regeneradores y al apoyo del Gobierno provisional en las elecciones, no debían hacer uso de la censura ni de la cólera contra sus bienhechores. Admirémos el corazón agradecido del Sr. Martos, ahora que la ingratitud en este país es la mercancía de moda y que más circula.

En esta memorable sesión los diputados del Gobierno triunfaron sobre treinta neófitos republicanos.

En la del día 23 el Sr. Figueras, soldado del pobre ejército republicano, echó en cara á los ministeriales que rechazasen la república, cuando habian reconocido al pueblo español la actitud para el sufragio universal y el ejercicio de todos los derechos naturales. Por pueblo español hay que entender la multitud de los amigos del presupuesto y no del pueblo español. El Sr. Figueras decia la verdad: hablando de todas las constituciones que se han hecho en España desde la de 1812, ninguna ha producido otra cosa á la patria sino despotismo y miseria. Lo mismo sucederá, decia el diputado republicano, con la Constitución que deben redactar las actuales Cortes, y en esto estamos completamente de acuerdo con su señoría. A la futura Constitución que esperan los patriotas sucederán otras ciento precedidas de pronunciamientos y de guerras civiles; esto es lo lógico. Y con la misma indiferencia con que aceptó España la Constitución de Cádiz en 1812, aceptaría hoy la forma republicana. Estamos convencidos de cuanto dijo su señoría, y creemos que así como el pueblo español no tomó parte en las revoluciones del militarismo, causa de tantas desgracias, así tambien permanecerá indiferente, ya ocupe el trono Carlos VII, D. Fernando, Montpensier, D. Alfonso ó los descendientes de Sancho Panza constituidos en república. Laudable conducta de un pueblo eminentemente católico! El Sr. Figueras acabó su discurso refutando los errores en que habia incurrido el Sr. Martos, y

enumerando los pecados originales del Gobierno provisional, que no sólo se imputan al pobre Gobierno pecados actuales, sino hasta originales.— ¡Pobre Gobierno! El Sr. Vinader se opuso al voto de gracias que iba á darse al Gobierno, porque *malè egit*. Muy bien! Dijo una gran sentencia: que los gobernantes revolucionarios han atacado la propiedad de la Iglesia, y que este ejemplo podría ser imitado por los socialistas para atacar la propiedad de los particulares; lo cual es tanto como decir que todos los gobiernos pasados y presentes de España han sido socialistas. No debemos, por tanto, extrañarnos de los socialistas de Barcelona, á quienes el Gobierno ha hecho sorprender y arrestar. El Gobierno debe decir: *Exemplum dedi vobis—mea culpa*. Siempre faltará la absolución, porque *non remittitur peccatum, nisi restituatur oblatum*. Los bienes de la Iglesia han sido devorados y han desaparecido; pero la digestión es difícil, y con mucha frecuencia se muere de indigestión.

El Sr. Mata habló como hombre que recibe del Gobierno 30.000 reales anuales. Su discurso fué de *Cícero pro domo sua*; combatió en medio de la mayoría amiga contra la microscópica falange de la oposición, sosteniendo con una elocuencia soporífera que el Gobierno provisional era muy digno del *gratias agimus*.

El Sr. Pi y Margall se opuso al voto de gracias, impugnando asimismo el encargo que se pretendía dar al general Serrano de la formación de un nuevo ministerio, por temor de perder el átomo de soberanía que le toca como diputado á Cortes, si esta soberanía pasaba á manos del general, duque y presidente.

De todos estos discursos, ningún resultado provechoso consiguió la abatida España. Pasemos á la sesión del 24 de Febrero.

El señor ministro de Hacienda empezó su discurso con una magnífica comparación, á saber: que el sol de la libertad hace nacer los oradores como á los hongos. Pero no reproducimos exactamente el texto, porque sus palabras fueron: *Como al calor del sol las flores abren sus capullos*. ¡Oh, flores delicadas que nacen por la mañana y mueren por la tarde! Prosigamos.

El Sr. Pi y Margall había atacado la Hacienda, y el señor ministro contestó con una gran verdad que demuestra la acción del Gobierno y el estado del país. Reproducimos el texto, que es demasiado elocuente, y no necesita comentarios: «Qué podría exigirse del ministro de Hacienda? Vivir, como contestaba en Francia el Abate Sieyès. Eso es lo que he conseguido; hacer vivir la revolución. Todos los individuos del Gobierno han trabajado mucho; pero el punto á donde convergían todos sus trabajos era al ministerio de Hacienda, buscando recursos que no existían; y los sucesos siguieron como en Andalucía, en el Norte y en las provincias de Ultramar. ¿Y qué hacer? Buscar recursos; y ¿en dónde hallarlos? ¿En el país? No, que todo estaba desorganizado. La unidad rentística había dejado de existir; muchas rentas públicas habían desaparecido, y aun hoy hay quien pide al Estado todo y no quiere darle nada, siendo preciso emplear la fuerza del ejército y de los voluntarios de la libertad para el cobro de las contribuciones.»

¡Fúnebre cuadro de un porvenir terrible! El señor ministro no podía, pues, hacer nada: *ad impossibilia nemo tenetur*; y sin embargo, ha hecho algo. Veinticinco años hacía que la casa Rostchild no se había dignado dirigir una sola palabra á España, y hoy ha negociado con el Gobierno provisional un empréstito de 400.000.000. Pero andando el tiempo y cuando se juzgue oportuno, conocerán las Cortes y el país esta negociación. Esperemos.

Omitimos referir todos los recursos que indicó el señor ministro en favor del Tesoro; pero el gran descubrimiento del ministro revolucionario no hace mucho honor á las viudas. Ha sucedido, dijo el ministro, *que había viudas que estaban casadas, y quien cobraba en tres provincias distintas*. Las viudas eran las que absorbían todos los recursos del Tesoro; hoy el fraude se ha descubierto, y el Tesoro se ha salvado.

Esperábamos haber visto al ministro presentar una lista de las economías realizadas, pero nos hemos engañado. El resultado es siempre el mismo para los que quedan con los 420.000 y el coche.

El Sr. Pi y Margall no quedó convencido; pero ¿qué importa

esto si la mayoría quedó penetrada de las razones del ministro?

El general Izquierdo dijo que no entendía de manejar fondos sino de manejar soldados. Sin embargo, hemos leído que el general maneja 420.000 rs. y coche.

El Sr. Moret ha hecho la apología del Gobierno, lanzando ante la Asamblea, la España y la Europa las siguientes palabras:

«Todas estas disposiciones y otras del Gobierno provisional, de que no me ocupo por no molestar demasiado vuestra atención, han hecho que nuestra patria, que vivía separada del concierto universal de las naciones, haya recobrado nueva vida, entrando resueltamente en la senda de su regeneración gloriosa.»

Fáciles son de conocer las premisas de esta conclusión. Juzguen al Sr. Moret sus compatriotas fuera de las Cortes.

Aquí concluyó la sesión. ¿Cuál ha sido el resultado de tantos discursos? Dígalos el lector.

Pasemos á otra, según la refiere la *Gaceta* oficial del 26 de Febrero.

El ministro de Gracia y Justicia empezó á justificarse por haberle tachado de tímido al decretar la tolerancia de cultos; y demostró á las Cámaras los diversos partidos sobre esta medida. Nosotros defendemos al señor ministro de tan innecesaria acusación. El ha dado muestras de gran valor, y ha llegado hasta el heroísmo, permitiendo la tolerancia de cultos contra la voluntad de todo el pueblo español. Los amigos de la revolución no forman más que la 16.^a parte de la población de España; 45 millones que no viven del presupuesto y que no pertenecen al partido revolucionario, están todos por la unidad católica. No debe, pues, acusarse al ministro de timidez por haber adoptado la tolerancia de cultos, que desean sólo un millón de interesados presupuestivos. La verdad ante todo.

El pobre ministro dice que se quería *que de una plumada se suprimiera el presupuesto del culto y clero, dejando sin comer á 16.000 curas párrocos* y creando así un ejército que combatiría á la revolución. La razón es convincente, pero el hecho es que la plumada está dada, porque desde el mes de Diciembre no ha visto un cuarto el clero de Toledo, y el de otros obispados se muere de hambre hace más de siete meses. Y sin embargo, este clero no combate á la revolución, sino por el contrario, la revolución combate al clero que muere de hambre, y le pone en prisión. Seamos justos, señor ministro, y no empleemos tanta oratoria en la reunión oratoria de las Cortes. Señalemos los hechos.

Magnífica es la observación del ministro contestando al señor Pi y Margall, de que suprimiendo el presupuesto del clero, el Gobierno tendría que restituirle sus bienes. ¡Terrible confesión y al mismo tiempo insulto el más grande! Se confiesa que el clero tiene derecho al presupuesto, y no se paga al clero, y al mismo tiempo se depojan las iglesias. La España, dominada por la revolución, ha vuelto á los tiempos de Nemrod, al derecho del más fuerte. En el próximo número continuaremos la dolorosa historia.

NOTICIAS.

DETALLES SOBRE LAMARTINE.—Lamartine nació en Macon el 22 de Octubre de 1792. Los franceses le llaman el poeta más grande de nuestros tiempos. Las demás naciones le llaman el poeta más grande de la Francia de nuestros tiempos. En 1820 empezó á publicar sus primeros trabajos con el título de *Méditations poétiques*, á las que siguió en 1823 la *Mort de Socrate*. En 1821, recién casado, fué nombrado secretario de la embajada de Nápoles, y después encargado de negocios en Toscana, donde tuvo el famoso desafío con el general Pepé, en el que recibió una grave herida. Sus *Harmonies poétiques* salieron á luz en 1830, y un año antes de la revolución del 48 publicó su *Histoire des Girondins*. Cuando estalló la revolución de Febrero tomó una parte activa en el Gobierno y fué ministro de Negocios extranjeros; pero antes de un año conoció el poeta que la política no le era tan favorable como la poesía, por lo que se retiró de los negocios públicos para dedicarse por completo á la literatura. Recibió del Sultán en 1851 inmensas posesiones en el Asia menor; á pesar de lo cual, por su excesiva prodigalidad, acabó con todo, viéndose reducido á la miseria. Sin embargo, sostenido por la generosidad de sus amigos, pudo conservar aún su

castillo de Macon, donde pasó sus últimos años escribiendo para subvenir á sus necesidades.

MUERTE DE RAIMUNDO TEODORO TROPLONG.—El 1.º de Marzo ha muerto en París M. Raimundo Teodoro Troplong, presidente del Senado Imperial de Francia. Nació en Saint-Gaudens el 8 de Octubre de 1795. A los veinticuatro años empezó su carrera en el tribunal de primera instancia de Alençon, desde donde pasó á Córcega como procurador del Rey, luego á Sartena y después como abogado general á Bastia. De aquí fué á Nancy con igual cargo, donde se hizo notar por su penetración y habilidad en las discusiones en una causa sobre dominio de gran entidad. Este éxito le valió el nombramiento de presidente de una de las secciones del Tribunal Real de Nancy, y le determinó á publicar sus *Comentarios al Código civil*, una de las mejores obras de la legislación francesa. La gracia del estilo de que el autor reviste los más profundos pensamientos, hace que el lector no se canse un punto de la aridez de los argumentos que allí se tratan. El éxito de esta obra fué tal, que en 1835 fué llamado Troplong al Tribunal de Casación de París. A la muerte del baron Segnier, primer presidente del Tribunal de Apelación en 1848, el presidente de la República, por decreto de 22 de Diciembre, nombró en lugar del difunto á M. Troplong. Ya desde 1846 le había nombrado Luis Felipe miembro de la Cámara de los Pares, y Luis Napoleon, por decreto de 30 de Diciembre del 52, le confirió la presidencia del Senado. Además de sus *Comentarios al Código civil*, escribió otras obras, como *La soberanía de los duques de Lorena sobre los Barres* en 1832; *Del poder del Estado en la enseñanza*, en 1844, y una disertación titulada: *De la influencia del Cristianismo sobre el derecho civil de los romanos*, en 1847.

LAS SECTAS EN AUSTRIA.—Nos escriben de Viena: «He aquí una muestra de las muchas sectas religiosas que hay en Viena: cristianos libres, libres pensadores, amigos de la luz, los de Jerusalem, nuevos salemitas, hermanos de los jóvenes, confesores de la nueva Iglesia, confesores de la pura doctrina cristiana, hermanos de los Apóstoles, secuaces de Cristo, memnitas, custodios del Señor, irvingianos, discípulos de Cristo, nazarenos, nazareos, hermanos y hermanas en Cristo, hijos é hijas del Espíritu Santo, iluminados, y armenios desunidos.... ¡Dios santo! ¡cuántas son las aberraciones del corazón humano! No crean nuestros lectores, sin embargo, que estas sectas cuentan muchos secuaces; hay algunas cuyo número se reduce todo lo más á una decena. Pero á pesar de esto, tememos que con las nuevas y liberales auras constitucionales, ha de aumentar el número de los tontos.»

TRISTES PRESAGIOS.—Además de las águilas verdaderas ó supuestas, se pretende ver otro misterioso fenómeno en aquel pobre inocente castaño del 20 de Marzo, que también se quiere convertir en amenazador espectro, cubierto de sangre y exterminio. Este árbol, que por su constante costumbre de cubrirse de hojas el 20 de Marzo, ha tomado el nombre de aquel mes, ofrece este año un ejemplo de indocilidad é indisciplina nunca visto. Se ha observado y se cuenta formalmente, que su tronco se estremece de cuando en cuando con extraños sacudimientos que se han visto agitarse sus ramas convulsivamente, y que al pasar el viento por su *deshojada* copa, se han oído gemidos y voces entre patéticas y tristes. Decididamente Napoleon I, viendo que su sobrino no sabe desempeñar su cometido, ha resuelto venir en su ayuda. Y la despreocupada filosofía moderna, ha prestado tan gran atención, y ha palidecido al relato de estas tontunas. ¡Pobre filosofía!

LA ALIANZA REPUBLICANA.—Hemos recibido por el correo dos proclamas italianas de la *Alianza republicana universal*. La primera del Comité central de las provincias meridionales, y la segunda del comité de Palermo. Ambas son provocaciones socialistas. El último párrafo de la primera, dice: «Ved caer hechas pedazos las dos columnas más fuertes de la servidumbre—la apatía histórica de los paisanos, y la fidelidad mal entendida de los soldados.—Ciudadanos y soldados han oído la voz de su país y de su propia conciencia, y estos dos pobres esclavos se han dado la mano. Ambos preguntan con el alma acongojada, ¿qué ley es esa.... que condena al campesino á morir de hambre para alimentar á los demás, y al soldado á hacerse ametrallar por matar á sus mismos hermanos?»

MATRIMONIO DE LOS SACERDOTES.—El 17 del pasado se ha discutido ante la cuarta sesión del Tribunal civil de apelación de Nápoles, la célebre causa del sacerdote de Salerno, Treglia, que había solicitado del oficial del estado civil de Salerno que recibiese la solemne promesa de matrimonio entre él y una señorita. El oficial se negó á ello porque el padre del esposo se oponía al matrimonio por ser su hijo sacerdote católico, á quien es-

taba prohibido por los cánones contraer matrimonio. Treglia intentó una demanda ante aquel tribunal civil, pidiendo que se declarase ilegítima la oposición de su padre, y que se ordenase al funcionario del estado civil que le admitiese su contrato matrimonial. El tribunal de Salerno, fundándose en que el sacerdote católico no puede casarse, desechó la petición de Treglia. Pero el tribunal de Nápoles resolvió, por el contrario, que podía casarse, y el ministerio público defendió esta tesis en medio de los aplausos de la plebe, que silbaba al defensor de la religión, del celibato y de la autoridad paternal.

REPUBLICANOS ARMADOS EN LOS MONTES DE REGGIO DE EMILIA (ITALIA).—He aquí una correspondencia de Modena dirigida con fecha 22 de Febrero al *Monitore* de Bolonia, sobre los bandidos políticos de la Italia central. «La banda, dice la carta, que ha tomado por campo de sus operaciones los montes de Reggio, continúa sus fechorías, y ha enarbolado bandera roja con el lema de *Repubblica*. Mandan las fuerzas muchas personas del estado civil, y uno que fué capitán de la guardia nacional. Componen unos ciento á ciento cincuenta hombres, armados con carabinas de precisión traídas de Suiza; andan en pequeños destacamentos, y se valen del largo alcance de sus armas para hostilizar á las tropas desde lejos. Los aldeanos los designan con el nombre de *republicanos*. Cuando entran en una aldea ó en un pueblo, no molestan á nadie; arrojan al suelo las armas de las oficinas públicas y de los estancos, y se apoderan de los productos de los impuestos, dejando recibo. Respetan escrupulosamente la propiedad privada. En particular se presentan en los molinos y confiscan las contribuciones cobradas, para devolverlas á quien se presenta á su jefe con el recibo del pago. Cada banda tiene un número sucesivo, y los jefes se firman, «Comandante de la 1.ª, 2.ª ó 3.ª banda.» En el molino de Bettola, de Parullo, y en el de Vezzano Corticella, se apoderaron de los impuestos y se marcharon. Cerca de San Polo tuvo lugar un encuentro con los carabineros: hoy ocupan á Vezzano gran número de tropas, pero hasta ahora no se ha hecho prisionero á ningún bandido.» Victor Manuel arrojó á los principes italianos apoyándose en la revolución, y ahora esta se dispone á dar el pasaporte al rey *Galantuomo*.

NAPOLEON III Y LA PENITENCIA.—S. M. Napoleon III escucha con gran recogimiento los sermones de Cuaresma que pronuncia el Obispo de la Rochelle en la capilla de las Tullerías, y los periódicos de París nos anuncian que la última versó sobre la penitencia, acudiendo á oír la reina de España Isabel II. En las dominicas del año, la misa imperial está ordinariamente acompañada de música escogida y de cantos religiosos en que toman parte hasta los cantantes del teatro de la Opera; pero en Cuaresma cesa la música y los coros, y todo se reviste de tristeza, porque son días de dolor y de arrepentimiento. Nosotros, como imparciales y justos, alabamos al emperador de los franceses por este buen ejemplo, que quisiéramos fuese imitado.

PERFORACION DEL MONT-CENIS.—La longitud total de la galería que debe perforarse, mide 12.220 metros. El 16 de Febrero había ya perforados 5.444,50 por la parte del Sur, y 3.887,40 por la del Norte. Quedan por perforar 2.888,10 metros.

LOS TEATROS EN LONDRES. El lord chambelan, superintendente de los teatros de Londres, ha dirigido la siguiente circular á los directores que están bajo su jurisdicción: «El lord chambelan ve con disgusto que los teatros de la Metrópoli persisten en dar representaciones, cuyo principal interés consiste en la desnudez de las actrices. Hasta ahora no ha creído que debía intervenir esperando que los mismos directores dejarían de presentar esas exhibiciones adamitas; pero viendo que por el contrario los tendencias á la desnudez aumentan siempre, se cree en el deber de llamar la atención de la dirección sobre tan poco sanas escenas, que han llenado de descrédito los teatros, no pudiendo ya los padres de familia llevar á sus hijos á representaciones que ofenden el pudor. El lord chambelan espera que los directores comprenderán la necesidad de hacer que cesen tan escandalosos espectáculos.»

EL SOCIALISMO EN BARCELONA. Un nuevo movimiento ha tenido lugar en Barcelona en la noche del 24, provocado por los comunistas, ó sea por los que querían enriquecerse sin trabajo á costa de los bien acomodados. Los voluntarios de la libertad han dado todo su apoyo á las autoridades, por lo que los agitadores han sido dispersados y presos sus jefes, sin que se haya derramado sangre. Si se hubiera podido inculpar de esto á los curas, y en esta materia se emplea la inventiva más apasionada é intencionada, no se hubiera tardado en transmitir la noticia en la misma noche á toda Europa y hasta al otro lado del Atlántico. Pero cuando se trata de comunistas, que, por agitadores y facciosos que sean, están comprendidos en la categoría

de revolucionarios, debe hablarse de ellos únicamente cuando no se pueda por menos, y tratándoles siempre con ciertos miramientos. Estos, si pudiesen, serían un azote como el granizo para los campos, pero se llaman patriotas, y basta.



UNA MISA DE ROSSINI. El 28 de Febrero se ejecutó en el teatro italiano de París, la misa solemne inédita del llorado maestro Rossini, en la que tomaron parte Alboni, Krauss, Nicolini y Aqueri. El Sr. Olliva, que ha adquirido por 30.000 francos el derecho exclusivo de cantar en Italia la misa solemne de Rossini, ha hecho saber que ha encargado al maestro E. Muzio de todos los preparativos necesarios para la ejecución completa de esta obra póstuma del gran maestro de Italia.

LA PROVIDENCIA Y FRANCIA. En la última reunión pública celebrada en Batignolles, en Francia, Mr. Feré pronunció tímidamente el nombre de la Providencia, viéndose bruscamente interrumpido por estas palabras del presidente: «Yo no creo en Dios, y no quiero que nadie hable de Dios; no permitiré que se discuta sobre semejantes necesidades.» *Nolumus hunc regnare super nos*, grita el ateo presidente; pero aguarde un poco, y la Providencia llegará, *et malos male perdet*.

ROMA. 900 son los asientos que se preparan en la Iglesia de San Pedro para los Obispos que han de asistir al futuro Concilio del Vaticano, y se esperan 600 ó 700 prelados que han de formar la más numerosa asamblea de Obispos que se ha visto hace muchos siglos. Los Obispos *in partibus* son admitidos al Concilio al igual de todos los demás, y tienen el mismo voto deliberativo, como se ha hecho siempre. Un fraile franciscano, el padre Troullet, conventual, ha ido á Francia con el encargo de entenderse con los Obispos en lo relativo al futuro Concilio, y á hablarlos en nombre del Papa, que quiere que haya la más amplia libertad en todos los miembros del Concilio para exponer su parecer y emitir su voto. No podemos decir si el padre Troullet ha recibido esta misión *ab alto*; pero sí que en la Congregación que preside el Cardenal Caterini, y que está compuesta de diez y siete miembros, hay gran diversidad de opiniones sobre las reformas en la disciplina; y que el Santo Padre ha manifestado que desea que las cuestiones de disciplina se resuelvan más bien según la necesidad de los tiempos actuales, que con arreglo al derecho canónico antiguo.

Para mejor aclarar la cuestión, citaremos un punto gravísimo, que es el relativo á la inamovilidad de los párrocos, que en Francia, por ejemplo, no existe ya, y quizá no podrá restablecerse; por lo que la disciplina del Concilio de Trento podría variarse y extenderse el sistema francés, que permite á los Obispos mudar y sustituir un curato sin proceso formal, á otros países que se encuentran en condiciones análogas á la Francia. Los teólogos y canonistas del Concilio podrán razonar con la mayor libertad é impugnar todas aquellas variaciones en la disciplina que pidan las necesidades de los tiempos y localidades; de todo lo cual se deduce que se verificarán grandes cambios en la disciplina eclesiástica.

Su Santidad, por la secretaría de Estado, se ha dignado incluir entre sus prelados domésticos á Monseñor Emiliano Manacorda, y al Padre Juan Bautista Francelin, de la Compañía de Jesús, entre los consultores de la Sagrada congregación de negocios eclesiásticos extraordinarios.

ESPAÑA Y CUBA.—Del corresponsal madrileño del *Times*: «El general Dulce pide incesantes refuerzos para Cuba, á lo que responde la nación con un entusiasmo tal, que demuestra más valor que prudencia. Los cubanos, al menos una gran mayoría, como ahora aparece claramente, están decididos á conquistar su independencia á cualquier precio: los españoles por el contrario están decididos á mantener su dominio sobre la isla, á toda costa. Puede ser dudoso por cuál de las dos partes quedará la victoria, pero no se necesita gran prevision profética para predecir que si la lucha continua, tanto una parte como otra quedarán arruinadas. Aunque sea muy prudente ponerse en guardia contra las exageradas noticias que nos llegan por la vía de Nueva-York, preciso es sin embargo confesar que en los telegramas del general Dulce, tan laconicos como son, hay motivo bastante para infundir serios temores sobre su critica posición. La insurrección, dice, se ha apoderado de algunos distritos próximos á la Habana, y en Colon y Cienfuegos han aparecido bandas armadas, hasta ahora no muy temibles por su número. La misma capital de la isla ha sido teatro de motines y asesinatos; centenares de personas han sido muertas ó heridas en un conflicto que tuvo lugar en el teatro de Villanueva en la Habana. El distrito central de Villaclara es hoy el foco de la rebelión, y la toma de Bayamo por las tropas del conde de Balmaseda, noticia que fué acogida con gran júbilo en España, parece que

forma parte de un plan de los insurrectos semejante al de los rusos en 1812, y que consiste en poner un desierto entre ellos y el enemigo.

POBLACION DE LONDRES EN 1868.—El *Registrar general* ha publicado una estadística de los nacimientos, muertes y causas de éstas ocurridas en Londres en el año pasado. En 1868 la población de la metrópoli británica contaba 3.126.635, sobre un área de 122 millas cuadradas en 400.778 casas, con 25.665 personas por cada milla cuadrada. En los doce meses del año ocurrieron 415.744 nacimientos, 74.908 defunciones, siendo la mortalidad de 23'59 por 1.000. En los interesantes detalles que da esta publicación con respecto á la mortalidad de Londres, se expresa que es menor al sur del Támesis que al norte.

EL RUY BLAS DE VICTOR HUGO.—A fuerza de oír hablar por todas partes de ladrones, tenemos la cabeza como un bombo, y no oímos hablar á un cristiano sin que nos parezca oír ladrón por aquí y ladrón por allá. Ladrones en los periódicos, ladrones en los cafés, ladrones en la Cámara, por todas partes se oye la palabra *ladrones*; por tanto, tengan nuestros lectores paciencia si también nosotros hablamos de ladrones, y no de ladrones vulgares, que no valdría la pena, sino de ladrones ministros. Entiéndase que cuando hablamos de ladrones ministros, no aludimos á ministros españoles. ¡Guárdenos Dios de ello! Sería una infame calumnia. Hé aquí una anécdota que demuestra que los ministros del Señor de París no tienen la conciencia limpia en la palabra ladrones. El año pasado se proyectaba representar en París el *Ruy Blas* de Victor Hugo, y el mariscal Vaillant, ministro de la casa del emperador, estaba dispuesto á permitir su representación, cuando Camille Doucet le dijo: «¿Qué va á hacer V. E.?» ¿No sabeis que en esa obra hay un trozo contra los ministros ladrones que da miedo?» Y sacando el libro, buscó y leyó los siguientes versos:

«¡Bon appetit, messieurs! ¡Oh ministres intègres,
Conseillers vertueux! Voilà votre façon
De servir, serviteurs qui pillez la maison.
Donc vous n'avez pas honte, et vous choisissez l'heure,
L'heure sombre où l'Espagne agonisant pleure!
¡Donc vous n'avez ici pas d'autres intérêts,
Que d'emplir votre poche et vous enfuir après!
Soyez flettris devant votre pays qui tombe,
Fossoyeurs, qui venez le voler dans sa tombe!»

(¡Buen provecho, señores! Ministros íntegros, virtuosos consejeros, hé aquí vuestra manera de servir; servidores que robáis la casa, no teneis vergüenza, y escogéis los momentos, los tristes momentos en que la España llora agonizando! ¡Con que no teneis aquí otros intereses sino llenar vuestro bolsillo y escapar despues! ¡Sed malditos ante vuestro país que se arruina sepultureros que venís á robarle en su tumba!)

El mariscal quedó asustado y dijo: «¡Ay de nosotros! Esos versos ocasionarian un escándalo del infierno.» Y se prohibió la representación. En recompensa de tan eminente servicio hecho á los ministros, quince días despues Doucet recibió la cruz de comendador de la Legión de honor. ¡Qué tal! Victor Hugo habla de los ministros de España, se entiende no de los de hoy, sino de los de otros tiempos, y Mr. Rouher y los suyos toman estas palabras como sátiras contra ellos! ¡Es preciso tener la conciencia bien manchada para darse por aludido á la sola palabra de latrocinio! Basta. Estamos seguros de que lo mismo en Madrid que en toda España puede representarse el *Ruy Blas* de Victor Hugo sin que los ministros pongan impedimento alguno *sotto l'usbergo del sentirsi puri*.

EL MONUMENTO Á LA BANDERA TRICOLOR.—La *France* ha propuesto que se erija un monumento á la memoria de Lamartine en la plaza del Hôtel de Ville, en el que se escriban estas palabras pronunciadas por el célebre poeta: «La bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo con la república y con el imperio.» Sería preciso que el monumento recordase también cuántos hombres han sido sacrificados á la *bandera tricolor* en las revoluciones y en las guerras; cuántas lágrimas ha hecho derramar la *bandera tricolor*; cuántas tiranías y latrocinios se han cometido á la sombra de la *bandera tricolor*; cuántas traiciones, cuántas apostasías, cuántas infamias han manchado la *bandera tricolor*. Aunque *Lamartine* y la *France* encuentren oposición entre la bandera roja y la bandera tricolor, la historia nos dice que tras la una viene siempre la otra.